

REPERTORIO AMERICANO

Tomo 9

Núm. 6

SAN JOSÉ, COSTA RICA

1924

LUNES 13 DE OCTUBRE

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *El prestigio de Costa Rica*, por Antonio Caso.—*Trofeos de amor*, por J. Natalicio González.—*Página lírica* de J. Eustasio Rivera.—*Elogio de Ricaurte*, por Guillermo Valencia.—*Divagaciones de autocritica*, por Pío Baroja.—*Mensaje de protesta elevado al Directorio Español*.—*Unamuno contesta a los intelectuales uruguayos*.—*La Unión Estudiantil México-Colombiana*.—*La Edad de Oro* (con un cuento para niños).

El prestigio de Costa Rica

(De *Revista de Revistas*, México, D. F.)

1

AMOR no quita conocimiento, antes debe vigorizarlo y depurarlo. La raza nuestra, repartida en múltiples y variadas regiones del Nuevo Mundo, está lejos todavía de haber resuelto o planteado, al menos, sus graves problemas constitucionales. Porque al lado de pueblos que parecen ya haberse encaminado hacia los rumbos de la civilización orgánica y definitiva, hay otros que, como el nuestro, aún no hallan la pauta de su desarrollo armonioso y firme, basado sobre todo, en la homogeneidad de la cultura y la lengua, en el prestigio de la opinión pública, en la unidad de la conciencia nacional. Mientras exista una gran diferencia de grupo a grupo humano y de individuo a individuo, las instituciones democráticas, vigentes en los preceptos de nuestras leyes, no podrán arraigar en las costumbres, ni prosperarán en la acción. México debe tomar ejemplo de sus hermanos, pueblos más felices que el nuestro, y, no obstante, formados al calor de los propios ideales y procedentes de la misma visión heroica que lanzó a España sobre las carabelas de Colón, a la hegemonía de un Continente.

2

La República Argentina es, quizá, de todos nuestros países, el que mejor representa las posibilidades de desenvolvimiento indefinido, de civilización más próxima a la europea, de concordancia más humana entre los intereses de la colectividad y las prerrogativas del individuo. En la cuenca del Plata, bordando de ricos emporios su milagroso estuario; o en los llanos sin fin de la República, hombres de todos los climas realizan el emblema argentino: dos manos que se estrechan amistosamente, sobre las que destella sus indeficientes rayos el sol de la libertad. ¡Argentina, Argentina, grito de amor, palabra de concordia y de paz!...

3

Chile, como México, tiene las características de los pueblos fuertes, de las razas indómitas. Aquí, aztecas y españoles. Allí, araucanos y españoles también, vascongados. Hombres recios; como San Ignacio, místicos y soldados; capaces de vencer, a lo largo de su inmenso litoral, las grandes olas que levanta el Pacífico, al girar la tierra y alargarse América de uno a otro polo, sin otra

salida para los golpes del Océano que los hielos boreales de Alaska o los temerosos estrechos del Sur. Grandes marinos, buenos soldados, prudentes políticos, eruditos pacientes; y también, en nuestros días, una Gabriela Mistral, mística como el de Loyola, pero que sabe soltar el alma, angustiada y audaz, sobre la pasión que anima a los pequeños, y el dolor que combate a todos, para darnos resignación y alivio, haciendo de nuestra misma congoja el ritmo de su canción.

Colombia y el Perú, como México, saben esperar, firmemente, la síntesis, que algún día cuajará, del indio y el conquistador. Los pueblos más meridionales ven pasar, como la sombra de una nube, sobre los llanos de la Pampa, el espectro de la raza autóctona. Caupolicán, entre la nieve del Ande, adora la estatua de Jesucristo Nuestro Señor. Solitario, en las noches andinas, recuérdale, cada vez más vagamente, el estupor de la Conquista. Y un cóndor bate sus remos mientras, dominando la castellana ciudad de Santiago, Valdivia ve crecer a sus vástagos y aumentar su poder...

¡Algún día cuajará!... En tanto Lima y México resumen los trofeos del pasado. Ambos virreynatos, igualmente ilustres; ambas Repúblicas confiadas en su porvenir, seguras de su victoria final. Para nosotros, mexicanos y peruanos, Castilla es grande, mas no podemos olvidar, ni lo podremos nunca, la bárbara grandeza de Cusco y Teotihuacán. ¡Ciudadelas de Atahualpa y Moctezuma; señuelos de Pizarro y Cortés! Y la corte del marqués de Mancera, que vió florecer a Sor Juana, y Santa Rosa de Lima y San Felipe de Jesús... ¡Toda la lira! Es decir, toda la historia, la originalísima historia que predice a nuestros pueblos, para toda su existencia, la pureza de su perfil. ¡El corazón de la estirpe hispanoamericana!

4

Y en el centro del Continente, la América más nuestra, Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua, estados o provincias de la futura Confederación. Costa Rica, al fin. Es decir, al principio; porque, como el Uruguay, vale lo que Bélgica o Suiza en Europa. Pequeñas grandes naciones, más civilizadas que las potencias que las rodean, más integradas en su propia unidad, más felices, más humanas, más ejemplares.

Aristóteles no creía posible el gobierno adecuado en los pueblos mayores. Prefería sus ciudades griegas a la Persia caótica y fastuosa de Jerjes. Creemos que Aristóteles tenía razón. En un Estado pequeño los ciudadanos se aman y se estiman. La República es cosa real. En un Estado inmenso, las gentes se ignoran entre sí, se entronizan los déspotas, triunfan los plutócratas, y ese comer-

cio ideal que hace de todos una sola realidad, relájase al extenderse, y, si la raza no fuere homogénea, como pasa entre nosotros, claudica a veces, en los episodios siempre nuevos, siempre numerosos, de la tragedia civil.

5

Costa Rica representa las virtudes más estimables de la convivencia humana. Su obra carece del *penacho* pomposo que otras naciones ostentan en el Continente; pero tiene los atributos de los pueblos modernos, que van de acuerdo con su momento histórico y no a descompás. Educa a sus hijos en el bien y la libertad. Hirió de muerte ya, como el San Jorge de las leyendas caballerescas y hagiográficas, la hidra espantable de la discordia intestinal. ¡México, así habías de hacer! Sabe que la vida es «cotidiana», como dijo el poeta, consecutiva, ordenada, superior. No arremete, quijotesca, para realizar quimeras inasequibles; no se gasta en empresas desconcertantes; no hace ir por un lado la voluntad nacional y por otro el entendimiento; no divorcia el ideal y la realidad, ni sufre los espasmos y el frenesí de México o de Venezuela; pero sabe guardar, bajo el paño de la prudencia, el oro puro del ensueño, y civiliza y cree y triunfa. Porque, en nuestro siglo, Don Quijote, que murió cuerdo ya, después de hacer confesión general de sus culpas, en el último capítulo de la vida milagrosa que le prestó Cervantes, ha resucitado, y no cesa de acometer nuevas empresas, pero sin exponerse demasiado a ocupar la celda de una penitenciaría o el lecho miserable de un manicamio.

6

Por eso es modelo de Repúblicas la pequeña República discreta. Nosotros tenemos plena fe en ella. La amamos con predilecto orgullo. La mostramos a nuestros amigos y a nuestros enemigos, los «civilizadores» anglosajones, como se muestra el relicario en que se guarda, con ternura, la joya mejor. Cada vez será más grande, dentro de su artística pequeñez. ¡Ojalá México pueda, algún día, mostrarse al mundo, como la nación centroamericana, dechado de virtudes modernas, emblema de ventura y de paz!

ANTONIO CASO.

Revista de Filosofía

CULTURA, CIENCIAS, EDUCACIÓN

Publicación bimestral dirigida por

JOSE INGENIEROS y ANÍBAL PONCE

Aparece en volúmenes de 150 a 200 págs.

Estudia problemas de cultura superior e ideas generales que excedan los límites de cada especialización científica.

Suscripción anual: 10 \$ moneda argentina
Exterior, » 5 \$ oro.

Redacción y Administración

Belgrano 475 — BUENOS AIRES

Trofeos de amor

=Del tomo *Cuentos y Parábolas*. Buenos Aires, 1922. Del envío le quedamos agradecidos al Sr. GONZÁLEZ, que es entre los escritores jóvenes del Paraguay, uno de los más reputados.=

I

HABITABA rústica vivienda de palmera, levantada en el centro de la *isla* — uno de esos montículos perdidos en las verdes llanuras. Todas las mañanas, abandonando su refugio, la esperaba en un recodo del camino para acompañarla hasta la fuente. La ofrendaba con orquídeas de leves pétalos, blancas como plumas de garza o doradas como estrellas. ¡Cuán impregnada de pasión, sonaba en sus oídos, la voz de aquel Hércules de ásperos cabellos!

—Tus ojos son negros como una pena y sonrías cual húmedas auroras, y tu frente circundada de rizos semeja menguante luna orlada de ligeras nubes—le murmuró un distante día.

Regresaban, juntos, hasta las cercanías del rancho. Deteníanse, de pronto, dejándola marchar con su menudo paso por la senda tapizada de gramillas. Las mórbidas turgencias del cuerpo combinaban, a través de las blancas enaguas y del *typoi* ornado de *ñandutíes*, sensuales y primorosas estrofas como jamás labraron los más sutiles poetas del amor. Seguía la con la mirada—¡con esa mirada tenaz de sus pardos ojos!—prendado del ritmo de sus caderas y del garbo de su porte.

Gozosa, sonreía la mañana como una mujer. Por vez primera, no se encontraron. Sufriendo el agrí dulce penar de aquella que ama y que espera al elegido, llegó a la fuente, llenó de agua su rojo cántaro de barro y púsose a bañar. Se sumergió en las claras linfas y desbordante de repentina alegría, gorgéo una risa tan musical como un canto de ave.

—¡Ana María!

El imprevisto llamado ahogó en su garganta aquel gorgéo de niño o de pájaro—¿quién distingue las infantiles risas del canto de las aves?—Púdica, envolvió el día de su cuerpo en la noche de su cabellera perlada de agua, como en manto tachonado de estrellas. Luego de vestirse recogió los húmedos cabellos, enseñando la blancura de la nuca, resaltante bajo la grave corona de las trenzas.

Rato después llegó el desconocido, la dijo palabras doradas y sabrosas como las mieles de la selva, desfloró su boca con voluptuosos besos, estrechó su cintura con el brazo hercúleo...

Cuando se alejó, oyó una voz bronca de pasión y de de celos:

—Sabe, Ana María, que la mujer del *Isleño*, no puede ser de otro.

¡El *Isleño*!

Sonaba en toda la comarca el sobrenombre famoso. El *Isleño* se internaba, de tiempo en tiempo, en las peligrosas selvas, rastrea la huella de las fieras y obsequiaba a sus amigos con piel de jaguares caídos a los golpes de su daga.

¿Quién no oyó narrar pintorescos episodios de su vida aventurera? Culpable de vengar con la muerte los ultrajes de un rival, peregrinaba errante por todos los valles, sin hogar y sin afectos, montado en su alazán hermoso como un joven centauro de la Hélade refugiado en los bosques guaraníes.

Conocía los misterios de las grandes selvas milenarias

y cruzaba a nado, y en tinieblas, los ríos poblados de fantasmas, en cuyas ondas gime de noche el alma de los ahogados. Tenía una imagen protectora que le profetizaba las desgracias y le preservaba de los peligros. Muchas personas le sorprendieron encendiendo velas al extraño fetiche, sobre la tumba de un suicida.

¡Cuántas veces, sentado a la vera del fogón casero durante las largas veladas invernales, el abuelo relató la vida del *Isleño*! Bien lo recordaba Ana María! Mientras la voz del anciano, temblorosa como la llama del hogar, perfilaba al bandolero generoso y bueno, dilatábanse de sorpresa las pupilas de los niños, y las mujeres trémulas, vibraban de amor.

II

Carlos, columpiándose en la hamaca atada por los extremos a los naranjos, fuma perezosamente, arrojando grandes bocanadas de humo. Una brisa fresca orea su frente. Los metales del sol hierven en el gran cofre de los cielos. Las palmeras lejanas agitan levemente sus penachos, sobre un fondo incandescente. Sus troncos semejan esbeltas columnas de plata y sus hojas resplandecen como espejos.

Aquella ardiente siesta de enero sumía el cuerpo en sensual molición. El reposo avivó la imaginación, y Carlos pensó en la capital, la ciudad lejana y amada, cuyos menores detalles aparecieron vivísimos en el recuerdo. Pasaba las vacaciones en la paterna estancia, distrayéndose de sus ocios con Ana María, cuya ingenua pasión, sin remilgos ni coqueteos, le retenía más de lo debido en el campo. Nunca soñó encontrarse, en esas soledades, con aquella campesina de formas venustas, cuyas piernas nerviosas, firmes y ágiles, recordaban las de Diana la cazadora.

De pronto divisó en las lejanías, uno como árbol andante. Pudo distinguir, pasado un momento, un jinete que galopaba bajo el fuego solar, en dirección a la casa. Traía el sombrero cubierto de ramas y la cabeza del bruto perdida bajo un montón barnizado de hojas verdes: pintoresca coraza que defiende, al hijo de los campos, de las flechas del sol.

El desconocido, encabritando el sudoroso corcel, se detuvo en la tranquera. Ana María, con quien habló un instante, entró en el cuarto y regresó con una calabaza llena de agua. El jinete bebió largamente, a grandes sorbos, y en seguida se alejó de la casa al lento trote del caballo.

Minutos después, en la hora del mate, Carlos indagó el nombre del visitante, sin obtener respuesta de Ana María, cuya mano oprimía entre las suyas. A sus palabras, la cebadora, sonrojándose, bajó los ojos, y con la cabeza inclinada sobre el pecho como una flor doblegada al soplo de los vientos, trazó sobre la arena vagos signos con el pulgar del pie. Carlos rehusó un tercer mate, sonrió satisfecho, cerró perezosamente los ojos y quedó adormecido. La próxima madrugada había de regresar a la ciudad.

III

Con las sombras del crepúsculo se esparció sobre los campos y los montes frescura deliciosa. La noche estaba plácida, sembrada de estrellas y luciérnagas. Cautelosa, Ana María se alejó de la casa, siguiendo un sendero extraviado que la condujo hacia la selva. Envuelta en blanco manto de algodón, parecía un leve fantasma de aquellos lugares, el buen genio nocturno que, bajo la luz de la luna, fecunda las flores y madura los frutos. Recorrió largo espacio, hasta encontrarse con otra andante som-

bra. Era el *Isleño*. Había, durante la siesta, llegado a la estancia, para combinar la cita con Ana María. Colgó de una rama un porongo ovalado y prendió dentro una vela, cuya llama arrojó viva luz por los intersticios practicados a punta de cuchillo en tan raro fanal. Parecía aquello, a la distancia, una calavera. La cuenca vacía de los ojos y la cavidad bucal fosforecían. Seguro de ahuyentar con el macabro fantasma a los solitarios transeuntes de la vecina carretera, habló, con voz temblorosa de celos:

—Ana María, sabe que la mujer del *Isleño* no puede ser de otro, te dije una vez.

Ella, sollozando, le contó su desventura. Creyó en el amor de Carlos y fué engañada. El burlador estaba por regresar a la ciudad.

—No me desampares—gimió.

El *Isleño* le aplicó una bofetada.

—Hube de brindar con tu cuerpo a los voraces cuervos—gruñó, lleno de cólera—pero prefiero dejarte como el otro. ¡Del *Isleño* nadie se burla!

Desenvainó su daga, cuya hoja refulgió a la luz de la luna, y en un gesto brutal cortó la doble trenza de la querida. Y con aquel trofeo en la mano, ya serenado el espíritu, arrojó a los vientos un grito casi musical, montó en su corcel y se alejó bajo la serenidad de las estrellas.

—¡No me dejes! ¡No me dejes!—gemía la abandonada.

J. NATALICIO GONZÁLEZ.

Un estante de obras escogidas

En la Administración del "Repertorio Americano" se venden las siguientes:

Kahlil Gibrán: <i>El loco</i>	1.00
Paul Gerald: <i>Tú y Yo</i>	1.00
Homero: <i>Ilíada</i> (2 tms., pasta).....	6.00
Tolstoi: <i>Los Evangelios</i> (1 tom. pasta).....	3.00
Dante: <i>La Divina Comedia</i> (1 tomo pasta).....	3.00
Plutarco: <i>Vidas Paralelas</i> (2 tomos pasta).....	6.00
Platón: <i>Diálogos</i> (3 tms. pasta).....	9.00
Fray Luis de León: <i>Poemas originales</i>	1.25
B. Contreras: <i>Antología de poetas italianos</i>	0.75
Eurípides: <i>Tragedias</i> (un tomo, pasta).....	3.00
Tagore: <i>Jardinero de amor</i>	2.25
Bolívar: <i>Discurso en el Congreso de Angostura</i>	1.50
Homero: <i>Odisea</i> (un tom. pasta).....	3.00
P. Henríquez Ureña: <i>Mi España</i>	4.00
Alfonso Reyes: <i>Los dos caminos</i>	2.50
Ml. Magallanes Moure: <i>Florilegio</i>	2.00
Isaías Gamboa: <i>Flores de Otoño y otros poemas</i>	2.25

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.

De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación,
Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCIA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

La entrega.....	0.50
El tomo (24 entregas).....	12.00
El tomo (para el exterior).....	3.50 oroam.
La página mensual de avisos (4 inserciones).....	20.00 >>

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

Página lírica

de José Eustasio Rivera

Hacer una selección de estos brillantes sonetos (1) es colocarse en difícil situación: entáblase una lucha abierta y sin cuartal entre la emoción de belleza, que lo encuentra todo bello, y el propósito, que exige un extracto apenas. Decidido a eludir el conflicto, he entresacado ejemplos de las que me han parecido líneas fundamentales del volumen: la descripción del paisaje y de la escena tórridos, la sensación de infinito experimentada en medio de la naturaleza exuberante.

Apasionado y fuerte, lejos de sensitivo, José Eustasio Rivera es, en sí mismo, sensual e inteligente. Hinchado de virilidad y de «sangre morena», todo cuanto en el Trópico es vigor pleno resuena en su lira robusta: la indiana de senos florecidos; el toro, vencedor de leones y rey de las llanuras, manso y amoroso, vencido de pasión por las vacadas; la selva que agita al viento sus ramajes como melena gigante; el flechazo del indio desnudo que vence al tigre fiero desde la maleza; la tranquila piragua que remonta el salvaje torrente, al claror de la luna y a compás del bambuco; o bien el águila, y el cabrón maromero en la punta del peñasco sobre el abismo, y la garza, y la grulla que aflige con sus remos la inmensidad sombría. De modo que el romanticismo —¿hay otra palabra?— de Rivera—todo noble apasionado es romántico—al contemplar el cielo inmenso y sentir ansias de cosmos y de infinito, abstiéndose de las concepciones trascendentes y se cñe al vigoroso engarce de los razonamientos meramente intelectivos, en un triunfo de concisión y de claridad y de hondo lirismo.

Este criterio de la selección, pues, justificará las inevitables omisiones: aspira a satisfacer los plausibles deseos del Editor del REPERTORIO concretándose a presentar los derroteros esenciales de la personalidad de José Eustasio Rivera. El poeta canta a su América, menos europeizado en sus maneras y más familiarizado con la naturaleza que Chocano; independiente, pues, de la influencia de este maestro. Todo en él me ha parecido nuevo sin que acierte a encontrar un detalle que denuncie esa novedad: estos versos de Rasch Isla me parecen, sin embargo, de un acierto profundo:

Pero cóndor o cumbre, gruta, linfa o abismo,
perdura en tu labrado verso magnificante
la inconfundible norma de ser siempre tú mismo.

R. E.

1

Esta noche el paisaje soñador se niquela
con la blanda caricia de la lumbre lunar;
en el monte hay cocuyos, y mi balsa, que riela,
va borrando luceros sobre el agua estelar.

El fogón de la prora con su alegre candela
me enciende en oro trémulo como a un dios tutelar;
y unos indios desnudos, con curiosa cautela,
van corriendo en la playa para verme pasar.

Apoyado en el remo, avizoro el vacío
y la luna prolonga mi silueta en el río;
me contemplan los cielos, y del agua al rumor,

alzo tristes cantares en la noche perpleja;
y a la voz del bambuco que en la sombra se aleja,
la montaña responde con un vago clamor.

(1) *Tierra de Promisión*, Vol. I, Bogotá, 1922.

2

Un gradual que rumora mientras duerme el plantío;
y en la madre del cance soñoliento y salvaje,
solitaria en un tronco donde el tumbo hace encaje,
una garza que sueña con las ondas del río.

En sus plumas de raso se abrillanta el rocío;
y después, cuando escruta, maliciosa, el paraje,
alargando su cuello sobre el límpido oleaje,
clava, inquieta, los ojos en el fondo sombrío.

Es un pez nacarino que irisándose juega
en la diáfana linfa del remanso callado;
la enemiga asechante los plumones despliega,

con asalto certero del cristal lo arrebató,
y alza el vuelo llevándose en el pico rosado
un estuche de carne guarnecido de plata.

7

Por saciar los ardores de mi sangre liviana
y alegrar la penumbra del vetusto caney,
un indio malicioso me ha traído una indiana
de senos florecidos, que se llama *Riguey*.

Sueltan sus desnudeces ondas de mejorana;
siempre el rostro me oculta por atávica ley,
y al sentir mis caricias apremiantes, se afana
en clavarme las uñas de rosado carey.

Hace luna. La fuente habla del himeneo.
La indiecita solloza, presa de mi deseo,
y los hombros me muerde con salvaje crueldad.

Pobre... Ya me agasaja! Es mi lecho un andamio,
mas la brisa y la noche cantan mi epitalamio
y la montaña púber huele a virginidad!

8

En la tórrida playa, sanguinario y astuto
mueve un tigre el espanto de sus garras de acero:
ya venció la jauría pertinaz, y al arquero
reta con un gruñido enigmático y bruto.

Manchas de oro, vivaces entre manchas de luto,
en su felpa ondulante dan un brillo ligero;
magnetiza las frondas con el ojo hechicero,
y su cola es más ágil y su ijar más enjuto.

Tras las verdes palmichas, distendiendo su brazo,
templa el indio desnudo la vibrante correa,
y se quejan las brisas al pasar el flechazo...

Ruge el tigre arrastrando las sangrientas entrañas,
y agoniza... Y al verlo que yacente se oreo,
baja el sol, como un buitres, por las altas montañas!

15

Sordo vuelo de abejas resplandece en la copa
del follaje, agobiado por el boa sombrío;
y mecendo las ramas, con procaz vocerío
se desbandan los monos en elástica tropa.

De la fértil mimbrera que los dindes arroja
gruesos gajos desgránanse cual sonoro rocío;
y en su busca, saliendo de las quiebras del río,
gruñidora manada por la selva galopa.

Coruscantes los ojos y la cola rastrera,
un jaguar convulsivo tras los troncos espera
replegando los nervios de la zarpa brillante;

y con súbito golpe, bajo el salto violento,
hace presa; y al trueno del rugido triunfante
corre sobre los montes hondo estremecimiento.

(De la Primera Parte).

9

Cantadora sencilla de una gran pesadumbre,
entre ocultos follajes, la paloma torcaz
acongoja las selvas con su blanda quejumbre
picoteando arrayanas y pepitas de agraz.

Arrurruúuu... canta viendo la primera vislumbre;
y después, por las tardes, al reflejo fugaz,
en la copa del guáimaro que domina la cumbre
ve llenarse las lomas de silencio y de paz.

Entreabiertas las alas que la luz tornasola,
se entristece, la pobre, de encontrarse tan sola;
y esponjando el plumaje como leve capuz,

al impulso materno de sus tiernas entrañas,
amorosa se pone a arrullar las montañas...
y se duermen los montes... Y se apaga la luz!

10

En la estrellada noche de vibración tranquila
descorre ante mis ojos sus velos el arcano,
y al giro de los orbes en el cenit lejano
ante mi absorto espíritu la eternidad desfila.

Avido de la pléyade que en el azul rutila,
sube con ala enorme mi Numen soberano,
y alta de ensueño, y libre del horizonte humano,
mi sien, como una torre, la inmensidad vigila.

Mas no se sacia el alma con la visión del cielo:
cuando en la paz sin límites al Cosmos interpelo,
lo que los astros callan mi corazón lo sabe;

y luego una recóndita nostalgia me consterna
al ver que ese infinito, que en mis pupilas cabe,
es insondable al vuelo de mi ambición eterna.

(De la Segunda Parte).



Elogio de Ricaurte

(De *El Diario Nacional*, Bogotá)

—Palabras de GUILLERMO VALENCIA al recibir el monumento que glorifica a RICAUURTE, inaugurado en Bogotá el jueves 7 de agosto, a las 3 de la tarde.—

Excelentísimo señor Presidente de la Junta del homenaje a Ricaurte, señoras, señores:

EL honorable Senado de la República me confió el encargo de recibir, a nombre del Congreso Nacional, este monumento alzado para glorificar al héroe de San Mateo; y si es de justicia recordar ahora a los patriotas que iniciaron labores con tal fin — de ellos sobreviviente uno tan solo para gloria de Colombia, y desaparecidos en hora infausta los demás — apremia publicar desde aquí un testimonio de reconocimiento, a nombre del país, al celo de la segunda junta que da cima a la obra, dejando cumplida así la voluntad del cuerpo soberano que asocia también, en su tributo congratulatorio, al artista español, creador del monumento, por él mismo plasmado con entusiasmo de patriota, con fervor de artífice y nobleza de hidalgo. Quede, pues, la grandiosa fábrica al amparo de la ciudad maternal, en memoria del acto único, y para veneración de todos.

El año de 1813 y comienzos del siguiente fueron una hora máxima por lo trascendental y gloriosa, para Nueva Granada y Venezuela, y en grado no menor acaso, para la obra total de la emancipación, por las fecundas proyecciones de aquellos días sobre la figura del Libertador y el éxito futuro de sus empresas.

Bolívar, el Genio de América, existía reconcentrado en sí propio, cercado por los cantiles de la conciencia de su dueño, semejante a un piélago que los hombres aún no han visto. Después del Señor, sólo el Genio sabía la profundidad de su simas; el polimorfismo de su vida interior; el ímpetu ascendente para amotinar olas y desencadenarlas al influjo de un ritmo proceloso y sabio; la hora para abrir los vórtices fatales y la de mullir el camino de gasas y de perlas. Oh, Santa Fe, que creíste sin ver, que admiraste antes que nadie la grandeza del mar, y adivinaste al Genio en esas horas aciagas en que alguien dijo: «El pueblo se opone a su propio bien; el soldado republicano es mirado con horror; no hay un hombre que no sea nuestro enemigo».

Esta patria acudió al llamamiento de Bolívar con un puñado de valientes que evocan a los trescientos en el desfiladero de la materna Hylas. Cundinamarca, Cartagena, Cúcuta, Mompós, Pamplona, Socorro, Tunja ofrendaron en valor floreciente: a Girardot, Concha, Guillén, Mantilla, Narváez, Ramírez Ribón y Vigil. Y Bogotá confió su honor y su esperanza a aquel soberbio coro de eupátridas que se llamaron para las edades, los Ricaurtes, Ortega, Vélez, Maza, los París y D'Elhuyart. Desde Cúcuta a Caracas la campaña fué rápida, precisa y esplendente como la marcha de un cometa que, si veló por un instante su cauda, de múrice triunfal tiñóla en Cúcuta, la Grita, Carache, Niquitao, Horcones, Taguanes, Mirador y Las Trincheras: que brilló con luz de siglos sobre la atormentada colina a la que dió Atanasio su propio nombre de inmortal, y se inflamó finalmente para la eternidad, entre la redentora fulguración de San Mateo.

Nombre evocador entre todos los nombres! ¡Cuarenta días de lucha sin reposo y cuarenta noches de insomnio vigilante; diluvio de sangre y de fuego en torno del arca débil en que navegaba la Esperanza. Fué el campo de cita para dos ideas y dos hombres: la tradición que reivindica, y la libertad que reclama: Boves y Bolívar. Era el instante en que la idealidad baja a la tierra y se hace carne y hueso. Representaba Boves un pasado; venía a cobrar, en nombre de tres siglos, la labor tesonera, la inexhausta magnanimidad de quien ofrendara sus joyas para descubrir y su sangre para vivificar, bajo el signo de un pendón que cantaba la unidad gloriosa tras de la Reconquista: un afortunado imperalismo de Oriente a Ocaso: los Códigos del Rey Sabio contrapesando el plato en que ponderosamente gravitaba Cervantes; el mapamundi engrandecido; la pontifical línea roja que partía dominios

e influencias; los escudos señoriales, con largueza aventados a la codicia de los criollos que anhelaban injertarse al tronco añoso de la monarquía; en fin, la convicción honrada, estática y profunda de que un destino superior deparaba el mundo conquistado al absoluto dominio del descubridor a quien en grata hora prestó el Austria la simbólica empresa que dijo por medio de las cinco vocales: «Toca al Austria regir el orbe de la tierra».

Ergúase Bolívar al frente. Encarnaba el fuero integral de la patria americana. Traída a surco propicio la ibérica semilla, germinó pródigamente, profundizó raíces en tierra suave y fértil, sacó fuera y levantó hacia el éter su erguido mástil, flexible como un junco, recio y tenaz como el acero, que abrió su abanico murmurante a todos los vientos del espíritu; supo oír la tormenta que venía de lejos, y desde la pampa sin límites desafió en su ya probada confianza contra los huracanes a la pesada, roída y secular encina de Garnica. Y desde aquella hora fué nuestra palmera el vivo signo de la suficiencia que se basta a sí propia; la personificación de la llanura que se cansó de ser hollada; la meta que señaló al centauro americano, una carrera de imposibles, el penacho ondulante que evocará de siglo en siglo el victorioso casco de los llaneros redentores.

Pugnan en San Mateo dos leones de la misma camada, dos rocas enhiestas habituadas a quebrantar el ímpetu de las mismas olas; ante el tozudo asturiano está de pié el vasco rebelde. Sólo que aquél se alumbraba a los fulgores de un sol occiduo, y el americano aparece rigiendo el carro de la nueva aurora. Es el preciso instante en que un cambio de la temperatura universal muda en sonoro granizo el vapor impalpable. El problema ya no es de política sino de mecánica. Ocho mil guerreros que alienta Boves, amagan, cercan y fulminan contra los dos mil tan sólo que influye y alimenta y conforta y centuplica el Padre de la Patria. Cuarenta días y cuarenta noches de brega incierta y varia. Se ha realizado lo imposible. Por un milagro de confianza y valor, la palanca de la fe ha hecho traición al centro inexorable de la gravedad. Aquel campo glorioso va a ser florón mirífico que cerrará la corona de triunfo o el hachazo brutal que separe, no se sabe para cuánto tiempo, el infortunio, de la gloria.

Villapol y Campo Elías se superan a sí propios; el Libertador a semejanza de los dioses homéricos, baja al campo a pelear en medio de los hombres y hay un instante en que, evocando sin duda al rebelde de la segunda república romana, se deshace de su cabalgadura para correr mano en mano, al peligro que amenaza a sus conmitones. Aquel hombre aquilino, que otea los horizontes, ha sondeado la profundidad de la sima, si el hado le es adverso. Inquiétale la desproporción en la lucha: son dos contra ocho. Es el choque trascendental entre las centurias que afirman y el minuto que niega. Pero el héroe tiene fe en sí mismo. Siente hervir dentro de su sér aquel *motus ab intrinseco* de que nos hablara, en fórmula que vivirá, el ángel de la escuela. Mas, ¿qué vale esa conciencia en frente del dolor circunstancial, de la desproporción desanimadora, del cálculo egoísta, de la humanidad que pesa probabilidades para decidirse en la acción; de la flaqueza de nuestra ralea que, por mirar siempre a la tierra; levanta los ojos hacia arriba? Esos segundos de intensidad milenaria en que el vidente mira comprometida su obra ante la ceguedad ambiente, son el crisol del genio, el Getsemaní torturante en que hasta las mismas sienes de un Dios brotaron sangre? ¿Quién podría medir en aquella hora desolada la angustia de Prometeo atado a la impasible roca desde donde veía—con el buitre inmisericorde pegado a sus entrañas—ardiendo el fuego que él se robó para los hombres? Y hubo un segundo en que el alma del Libertador experimentó la inconsciencia en el vértigo del que desciende hacia el abismo. Mil soldados de Boves a rítmico paso triunfal corrían hacia el Arca que encerraba toda la fe, todo el amor, la confianza toda de los gestadores. Un momento de pausa. No sé si en él se detuviese el sol, mas es lo cierto que en aquella breve intermitencia de la vida ideal, la Gloria, que traía una guirnalda, paró sus vuelos. Bolívar, que esperaba, se concentró en sí mismo, cerró los párpados y aguardó. Se hizo un silencio angustioso de noche. Densa nube llenó los horizontes; insinuóse tras ella vaga claridad, y dentro de aquella mancha tenebrosa, apareció vivo el fulgor que fue creciendo hasta tro-

carsé en sol: el sol de Carabobo, de Boyacá, de Pichincha, de Junín, de Ayacucho, el sol de América. ¿Quién realizó el prodigio? Mirad al héroe imberbe que desde aquella eminencia escuda con sus brazos el mismo corazón de Colombia, la grande, la magnánima, la sublime, la creadora, la eterna.

Evocad, si podéis, al héroe que al volar gritó: «Hágase la luz», que alumbró el caos y mostró delante de la América subyugada un paraíso de ilusión y a su creador, que lo llenaba. Vino en seguida el infortunio; mas ¿qué significaba él ante el Libertador, fundido ya el metal incombustible por el mártir de Leyva o Santa Fe—no sé decirlo—en la hornaza de San Mateo? ¡Oh Santa Fe, que creíste sin ver y admiraste antes que nadie la grandeza del mar y adivinaste al genio!

Hé ahí al héroe que hundió el propio acero en el vientre de la bestia al rodar abrumado bajo la brutal pesadumbre de que nos habla el Libro. ¿Quién lo recordará? ¿Quién lo exaltará? ¿Quién valorará su inmolación generosa? Labios sacrílegos aventaron sobre él un día las odiosas nubes que, en la hora de nona, aparecen veladoras, para cubrir las glorias del sacrificio. Contra tal desacato se alza una voz consagradora e irrevaluable: la voz de Bolívar, la del hombre que no mintió jamás.

La emoción cariñosa de Colombia entera y el celo diligente de un grupo de patricios erigen hoy, en consorcio feliz con un artista inspirado y noble, esta pirámide consagradora. Asíéntase ella sobre rocalla viva, desprendida a la fuerza, del Ánde original, como nativa sustentación del basamento regular que brindó espacio al escultor para que relevaba en líneas sobrias, bellas y precisas una teoría de figuras indígenas que, en rendidas actitudes adorantes, pregonan la virtud del sacrificio y la esperanza vivificadora en el sol que habrá de levantarse. Rodead en giro rápido el historiado pedestal para admirar en él la indecible tortura que la piedad del artista se empeñó en disimular con armonía, de la raza irredenta que, en pugna con la otra, fue cediendo hasta que por inexplicable afinidad selectiva se aligó con los vencedores, ostentó una firmeza que originalmente no tenía, creó el sustitutivo de la renovación en que se alzara después la columna supérstite, formada de dolor ancestral, de injertada nobleza y de aquel idealismo generoso que plugo a Dios poner en el corazón de todos los aristos. Bogotá plasmó al héroe y quiere tenerlo de frente, hallarlo a toda hora en el diario vagar de labor o descanso. Ella quiso que el hijo prodigioso que nutrió en sus entrañas fuese contemplado a espacio por los que llegan desde el norte hacia donde señaló, para orientación definitiva, aquella su divina brújula de la fe y el valor. Los peregrinos del septentrión hallarán un vestíbulo que los prepare a la vista del héroe epónimo. Nadie pasa sin inclinarse reverente ante las dos figuras que custodian la entrada: el heroísmo y el sacrificio.

¿Qué os dice aquel mancebo de cabeza retadora ante el imposible, y ojos de mirada perforante en la vaguedad del porvenir? ¿No admiráis aquellos músculos atléticos que proclaman la certidumbre de la realización, inactivos ya delante del destino incontrastable? Dejad vagar la pupila desafiadora en la soberbia de la testa erguida, mientras se dobla la rodilla donde acaba de ser rota la espada ya inútil, gesto de aceptación que prepara para el sacrificio. Idéntica vitalidad en éste. Sólo que la cabeza ya no desafia; la pupila, sometida por la fatalidad, mira hacia abajo, a la tierra, al presente en que va a efectuarse el holocausto. Allá ruge la voluntad dominadora, mientras que calla aquí la libertad que se resigna.

Sometido el reino superior, el cerebro que piensa y el corazón que ama, mantiene el Sacrificio la misma actitud que el Heroísmo, doblada la rodilla vencedora del espacio en la flexión de quien voluntariamente detuvo su carrera.

Son esos los momentos en que se bifurcó el heroísmo de Ricaurte. No levantéis los ojos al otro plano en que le conduce la Inmortalidad, sin volverlos al sitio fronterizo a la Ciudad, donde el héroe vivo, abre los brazos redentores de la democracia para ser clavado sobre una cruz que no se ve, pero que tiende amorosamente sus antenas protectoras delante de la propia madre, la Patria que él defiende. No olvidéis que en San Mateo se erguía un monte que se bañó de sangre y que, de antiguo, se apellidaba en el

Calvario. Cercan a Ricaurte llamas activas de eficacia voraz, que iluminan y espantan, que destruyen y crean y avisan muerte para que de sus carbones se levante la vida.

Adelgázase la pirámide, buscando las alturas, como la aspiración que corona una victoria enhiesta, símbolo de humanas glorias, y un cóndor salvaje que batió sus vuelos para posarse sobre aquel pico digno de la fiereza de sus garras, de la libertad de sus rutas, y de la pujanza de sus remos. Al pie del héroe, mientras la historia escribe, desvanécese el ideal en el espasmo del ensueño.

Dejadle ahora que la Inmortalidad le conduzca entre sus brazos hacia los espacios abiertos, mientras la patria afligida, pegada a las plantas ya frías, se inclina sollozando.

Es indudable que el sacrificio del joven Ricaurte tuvo algo de excepcional y único y que la pira que le devoró en vida, resplandece y aroma como nunca lograron las que antaño consumieron el cuerpo de los héroes. En aquel propio sitio sucumben también Villapol y Campo Elías. Mueren más tarde Plaza, Cedeño, Anzoátegui, Rondón, Camejo, Pedro León Torres y mil más sin que su desaparición marque tan honda huella como la del joven granadino. Y es que en aquellas muertes hubo siempre elemento aleatorio. Sobre el campo de batalla todo soldado lleva un sentimiento confuso de peligro, un temor vago de la muerte, una confianza optimista de librarse. Las balas son para los demás: la suerte protege; las heridas, posibles, y la muerte improbable. En San Mateo presentóse de súbito, ante el defensor del fuerte, el máximo peligro, en forma inexorable, descarnada y única. Había que morir para que Colombia viviese, para que el genio de Bolívar se impusiese una vez más a los que todavía dudaban, para escarmiento del presente y ejemplo de la posteridad, para satisfacción de la patria chica, orgullo de la grande, y provecho de todos los hombres; para enseñar, en fin, que sólo el dolor es fecundo y sólo el sacrificio redime. Por eso, a través de una centuria, la nación agradecida acorre a este sitio de conmemoración a decirte, oh héroe, que comprende y agradece; para ofrendarte el tributo que la nación te debe, desde éste hasta los más remotos evos.

Cuan lejos estuviste de pensar que aquella pira que inflamaste en el arrebató sublime de la renunciación, no habría de extinguirse jamás; que tras la siniestra lumbrarada que sólo dejó escombros, quedarían carbones encendidos donde fuesen a animar sus antorchas los héroes de futuras gestas para iluminar el camino que corre desde las aguas del Orinoco hasta las argentadas cimas del Potosí. Tal fué el sentido de presente que tuvo para aquellos tiempos tu voluntaria inmolación. Empero, aquella hoguera que encendiste, muéstrase activa todavía, convidándonos con sus mudas lenguas purificadoras a sacrificar nuestro egoísmo, nuestras bajas pasiones, nuestros inconfesables anhelos, nuestras venganzas sordidas, nuestra incomprensión de la hora, en provecho de la patria salud. Allí está ella, que nos aguarda, paciente y lastimada de nuestras concupiscencias y desvíos.

Oradores que por aquí paséis: tomad de aquella hoguera, como el profeta antiguo, una brasa no más para purificar vuestros labios; enalbad allí vuestras plumas, periodistas conductores de muchedumbres; retemplad vuestros aceros en aquella fragua, guerreros en quienes tiene puesta la patria su confianza, como guardianes de su honor y reivindicadores de su derecho amenazado.

Acerquémonos todos a calentar los miembros ateridos de indiferencia o desaliento, al amor de aquel brasero que irradia luz de vida. Allí está el pasado; palpita el presente, arderá allí lo que está por venir.

Bulle todavía en muchas venas la sangre procerca del héroe que si honró en horas ya idas todas las actividades de la nación, blasónala hoy de gracia y de virtud, y se conservará para el futuro como la reserva de muy nobles anhelos. De allí seguirán surgiendo vestales que alimenten sin desmayar el fuego del patriotismo puro.

Cuentan los aviadores que en los espacios más altos existe una zona donde no rigen ya las normas imperiosas que regulan nuestra atmósfera circundante. Allí falta la física terrestre y comienza el imperio de las leyes aún no sabidas. Así en la Historia existe un plano superior donde se neutralizan las fuerzas en contraste,

al influjo de una atmósfera de serenidad y reposo que bien pudiésemos nombrar: zona de la inmortalidad. Siléncianse en ella los motores humanos, las hélices no giran, se adormece la brújula, y una voz imperiosa le grita al buzo audaz de los abismos siderales, que aquel no es campo propicio a la contradicción. Paréceme que en aquella zona supraterrestre fué concebido y realizado este monumento erigido al heroísmo. Sacólo un español de su cabeza, qué digo, de lo más vivo y palpitante de su corazón, para glorificar al héroe que con su sacrificio levantó un pedestal en que el hijo de Caracas se mostró ante la América pasmada, como el futuro libertador contra la madre patria.

Cumplida la hora aciaga en que la crítica nos cegó para ver a distancia, no nos sentimos ya con el hacha exótica que abatiese en América el árbol español, sino cual una rama suya que, bajo el peso de frutos en sazón, se desgajó con estrépito un día, al influjo de un viento de justicia que soplabla de lejanías sin nombre.

Por eso el digno Presidente de la Junta del homenaje a Ricaurte ha subrayado delante de nosotros la gentileza del artista y pedido a la República que para la conmemoración centenaria de Ayacucho, quede garantizado siquiera, por voluntad del Congreso, el imperativo que disponga levantar aquí, en la capital de la República, un monumento digno del conquistador del Nuevo Reino y otro capaz de sublimar las glorias del libertador de Colombia.

Influida nuestra concepción del pasado por un crudo cuanto explicable jacobinismo, parece haberse encogido de hombros ante el deber que ordena exaltar la memoria de nuestros antepasados en la raza; sin su fe, sin su audacia, sin su valentía, sin su generosidad, sin su grandeza, sería inconcebible el portento de la emancipación. En el *substratum* de todos nuestros grandes hombres, encontramos la sangre, las ideas, las virtudes, los defectos, hasta las locuras de los progenitores. De allí nació el rescate, por imperiosa ley de vida, como del mar salobre y yodado, tempestuoso y cubierto de fieras, surge en una contrición de mudanza y dolor, la esquiva, la irisada, la modesta gracia de las perlas, hijas de la acritud, hermanas del abismo, confidentes de la tempestad y alivio de la grandeza sin reposo.

Que mire, pues, Colombia, en su caballo de pelea, en un día no lejano, al licenciado granadino que conquistó con la espada, para la majestad civil, el territorio que hoy pisamos.

Cuanto al Padre de la Patria, ¿qué monumento le alzaremos, si todo parece ruin ante su porte colosal de semidiós? Si lo fundimos en oro fino, habremos hecho de él solamente un ídolo; si en bronce, lo limitaremos pobremente como se encarcela el autor dentro del libro que escribió. ¿Cómo admirarle, cómo ensalzarle, cómo honrarle? Un día de febril desbordamiento sintió él súbitamente la urgencia del pedestal, y enloquecido como el Dionysos de la tragedia griega, danzó atropelladamente sobre la mesa del festín, ceñido no del pámpano lascivo que cifra la molición, sino del laurel acre que galardona al triunfador.

Aquella tabla, engrandecida por el genio, se asemejó a un pavés que sostuviesen, como cariátides asombrosas y vivas, los más ínclitos paladines de América, que sintieron por un instante, en la leve gravitación del Padre, la irresistible pesadumbre que oprimió al viejo Atlas cargando todo un mundo sobre los hombros. Esa fué una hora humana para el Libertador, que aún no se había elevado, en la suprema purificación de la amargura, desde el monte más alto de la transfiguración histórica. Hoy no hay ya cómo figurarlo, ni molde digno para vaciar su majestad. Imaginémosle no más como en el festín austral, recorriendo a un andar precipitado, a paso gigantesco de cima en cima, las niveas alturas de los Andes, a lo largo del Continente libertado por él y deteniéndose un instante ante el airón de fuego de todos los volcanes, a recordar aquel otro de San Mateo en que la mano del adolescente granadino alzó la inflamada antorcha y alumbró los siglos, disipando, a sus fulgores, con la noche del pasado, las sombras que velaban al Genio de América.

GUILLERMO VALENCIA

Divagaciones de autocritica

(De Revista de Occidente, Madrid).

= Conferencia leída en la Sorbona de París el 20 de marzo de 1924. =

SEÑORAS Y SEÑORES: Al invitarme vuestro profesor de español a leer unas cuartillas en su clase de la Sorbona me pone en un grave aprieto. Yo quisiera corresponder al honor que me ha hecho eligiendo como libro de lectura, durante este curso, mi novela *Zalacaín el Aventurero*, de alguna forma, pero no sé cómo.

No tengo el hábito de hablar ni leer en público, y como ahora vivo casi siempre en una aldea y no asisto a ninguna clase de fiestas, mi amabilidad y mi instinto social, si es que los hay en mí, se van quedando inéditos.

Yo no soy un erudito; no me interesan las cuestiones filológicas y gramaticales, ni las conozco siquiera. Me interesa mi vida, la vida de la gente que me rodea y el arte como reflejo de la vida.

Ahora hay mucha tendencia a suponer que esta preocupación exclusiva de la vida no es precisamente artística; pero, en fin, que lo sea o no lo sea, no me preocupa.

Para algunos, el arte es el *tabú* más importante y acreditado de la sociedad moderna. Yo no soy *tabutista* en este sentido.

Como el motivo inicial de presentarme ante vosotros es *Zalacaín*, esta pequeña novela mía de costumbres vascas que estáis leyendo y comentando, hablaré de mi obra y de mí mismo, seguramente sin modestia, creo que también sin forjarme ilusiones.

No es que yo suponga que este libro mío sea importante, ni tampoco los otros que he escrito, pero es indudable que es lo único de lo que puedo hablar yo con conocimientos.

No me permitiría el lujo de dirigiros la palabra si no fuera por encontrarme gratamente sorprendido al ver que hay estudiantes de español de la Sorbona que han leído con simpatía y con benevolencia algunos de mis libros.

Estas cuartillas mías tienen, pues, un objeto de esclarecimiento, de explicación. Intentaré aclarar mis ideas y sincerarme, porque todos los que escribimos necesitamos, por una cosa o por otra, que nos absuelvan.

Me gustaría saber definirme y caracterizarme con justeza, como quien define una especie botánica o zoológica, y ofreceros la definición, pero indudablemente es difícil ser el Linneo de sí mismo.

Los españoles de mi época.

Yo soy uno de tantos españoles que, nacidos en el último tercio del siglo XIX, han vivido en un momento malo, confuso y de transición; en una época en que las prag-

máticas de nuestros abuelos se acababan de descomponer, y en la que, al mismo tiempo, el intento de ordenar y modernizar España fracasaba en la Restauración Borbónica, establecida en 1876, en el reinado de Alfonso XII, y continuada después por la Regencia.

El fracaso de la Restauración culminó en 1898, época en que finalizaron nuestras guerras coloniales en América y en Oceanía con la lucha contra los Estados Unidos.

Recuerdos de un mundo viejo.

Yo me siento un hombre cuya vida está partida en varios períodos radicalmente distintos. El primer período, de mi infancia y adolescencia, pertenece a un mundo viejo, no sólo por ser de época lejana, sino por ser aquella época diferente a la actual, pues se conservaban en ella todavía con vigor las costumbres y las ideas tradicionales.

Yo recuerdo, de niño, algo del bombardeo de mi pueblo por los carlistas y un cementerio próximo a mi casa, en el que se echaban en montón los cadáveres de los soldados.

Después viví, de chico, en Pamplona, pueblo amurallado, cuyos puentes levadizos se alzaban al anochecer; pueblo con costumbres de antigua plaza fuerte. Yo he visto pasar por delante de mi casa un reo de muerte, con una hopa amarilla, pintada de llamas rojas, y una coraza en la cabeza; le he visto marchar en un carro al patíbulo, abrazado por varios curas, entre dos largas filas de disciplinantes, con sus cirios amarillos en la mano, cantando responsos, mientras el verdugo marchaba a pie detrás del carro y tocaban a muerto las campanas de todas las iglesias de la ciudad.

En este ambiente arcaico, con notas medioevales, fui yo educado en colegios donde los maestros nos zurraban con frecuencia y donde los chicos nos pegábamos unos a otros como verdaderos salvajes.

El segundo período de mi vida, ya en plena juventud, se deslizó en Madrid, donde uno pudo observar cómo toda la vida española se iba desmoronando por incuria, por torpeza y por inmoralidad. Este período, que coincidía con el fin del siglo XIX, fué una época de verdadera corrupción, de grandes fracasos y de algunas ilusiones, de muchas cosas malas y de algunas buenas. España, como otros pueblos de Europa, parecía entonces una mujer vieja y febril que se pinta y hace una mueca de alegría.



El pintor Echevarría haciendo el retrato de Pío Baroja

(Caricatura de Bagaría).

(Para la página 91)

Mensaje de protesta elevado al Directorio español

Van al pie del documento 175 firmas de prestigio

(De *La Prensa*, Buenos Aires).

LONDRES.—Desde Hendaya, por vía de El Havre, recibimos de España el siguiente telegrama:

Para dar respuesta a las reiteradas manifestaciones del presidente del Directorio, general Primo de Rivera, un grupo de intelectuales ha redactado la siguiente respetuosa protesta, que elevaron al gobierno:

«Excelentísimo señor presidente del Directorio: Ha repetido vucencia en recientes discursos que toda España está conforme y entusiasmada con el régimen imperante, excepto lo menos sano y estimable de la nación.

»Los firmantes de este documento, extraños unos a la política activa, y mantenedores otros de credos contrapuestos, pero persuadidos de que se nos ha proscrito injustamente, y por medio de procedimientos políticos que muchos de nosotros hemos combatido durante años, juzgamos un deber varonil de lealtad el sacar a vucencia del error en que viene insistiendo.

»Sin desconocer la recta intención que inspira frecuentemente a los actuales mandatarios; sin regatear el aplauso a sus aciertos, y disculpando algunas de sus equivocaciones, tenemos la franqueza de manifestar que no somos partidarios del régimen que instauró el golpe de Estado que dieron los militares el 13 de setiembre del año anterior.

Flaqueza del directorio y desconfianza en sí mismo.

»Habríamos hecho pública esta convicción, razonándola debidamente, si estuviera permitida en España la serena crítica a los actos del gobierno. Creemos que el poder público está demostrando flaqueza y desconfianza en su propia conducta al haber adoptado el procedimiento de prohibir todo comentario que no sea laudatorio y cualquier nota de censura, aun la contenida dentro de los estrictos límites legales.

»La supuesta conformidad unánime de los españoles honrados con la labor del directorio sería, a nuestro juicio, una gran desgracia nacional, porque un pueblo que no tenga más criterio que el de sus gobernantes, se encontrará fatalmente sustraído a la

ley de la evolución y abocado a gravísimos trastornos, ya que, al equivocarse aquéllos, sin haber permitido la organización de sus contradictores, preparándose para sucederlos, arrastrarán necesariamente en su caída a todas las instituciones fundamentales.

»Allí donde la libertad no puede moldear las nuevas formas jurídicas, tarde o temprano las tendrá que improvisar la revolución. Esta equivocada táctica de amordazar y aherrojar el espíritu cívico se agrava en las circunstancias actuales, porque, desde lo alto, se viene alentando ostensiblemente a determinados ciudadanos, para que se agrupen en un organismo militante, otorgándole todas las libertades constitucionales que para su propaganda necesite.

El irritante monopolio concedido a la Unión Patriótica.

»El monopolio del ejercicio de tales facultades resulta, a todas luces, denigrante, lo mismo para los favorecidos que para los vejados con tan irritante excepción. Pero, además, tendrá que ser completamente ineficaz,

porque cuando el desgaste o el fracaso obliguen a dejar el poder a los actuales gobernantes, no ha de ser posible traspasarlo a un partido amparado con tan artificiosas protecciones oficiales por los mismos mandatarios que sucumben,

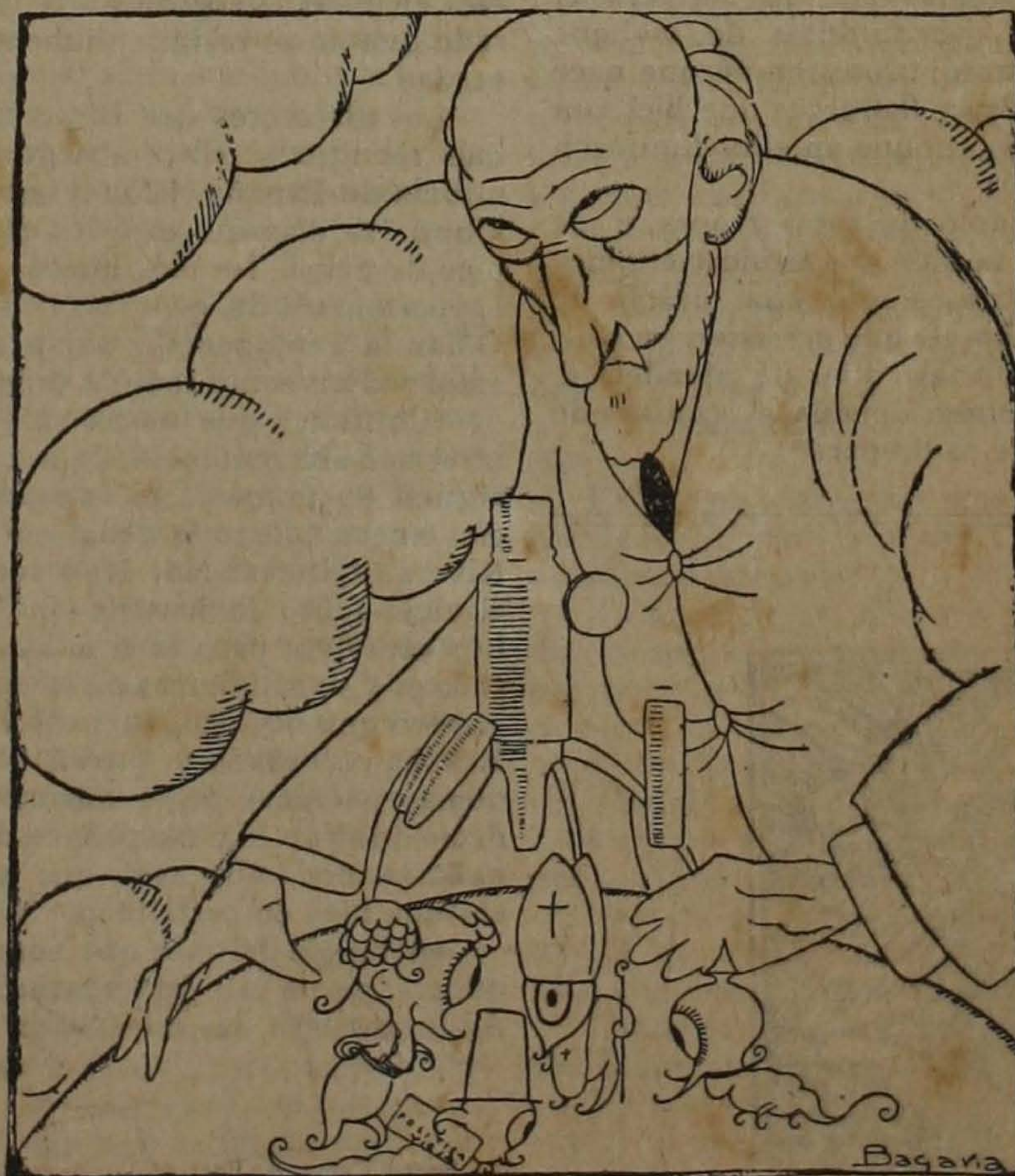
»El presente escrito no es un acto inicial de campaña alguna contra el actual régimen, ni una notificación de haberse formado un núcleo partidista homogéneo, deseoso de gobernar, sino que responde tan sólo a las reiteradas afirmaciones de vucencia, de las que se deduce que están adheridos al directorio cuantos españoles no militan en los antiguos partidos políticos.

»Puede ser útil a vucencia la opinión de vuestros adversarios de honrada buena fe, y servirá para dejar a salvo nuestra responsabilidad de ciudadanos españoles, si persistiese vucencia en la decisión—que estimamos equivocada—de seguir manteniendo el régimen de silencio general y obligatorio que padecemos».

Los iniciadores de la

Una reflexión de Ramón y Cajal,

Caricatura de Bagaría.



RAMÓN Y CAJAL.—Ya he dicho muchas veces que el problema de España es un problema de cultura. Pero ¿quién es el valiente que pueda aislar estos microbios que son los culpables?

protesta fueron entre otros los señores: Ossorio y Gallardo, Jiménez de Azúa, Urgoiti, Marañón, Ortega y Gasset, Gabriel Maura, Gómez Acebo, Zulueta, conde de Vallellano, Pitaluga. Pusieron su firma además al pie del documento ciento setenta y cinco personas, de positiva reputación, entre ellos muchos catedráticos.

Contestación de Primo de Rivera desde Tetuán.

El transcrito documento ha sido contestado por el general Primo de Rivera desde Africa, transmitiendo el despacho al directorio, que lo entregó a la oficina de censura y ésta se apresuró a facilitarlo a los periodistas.

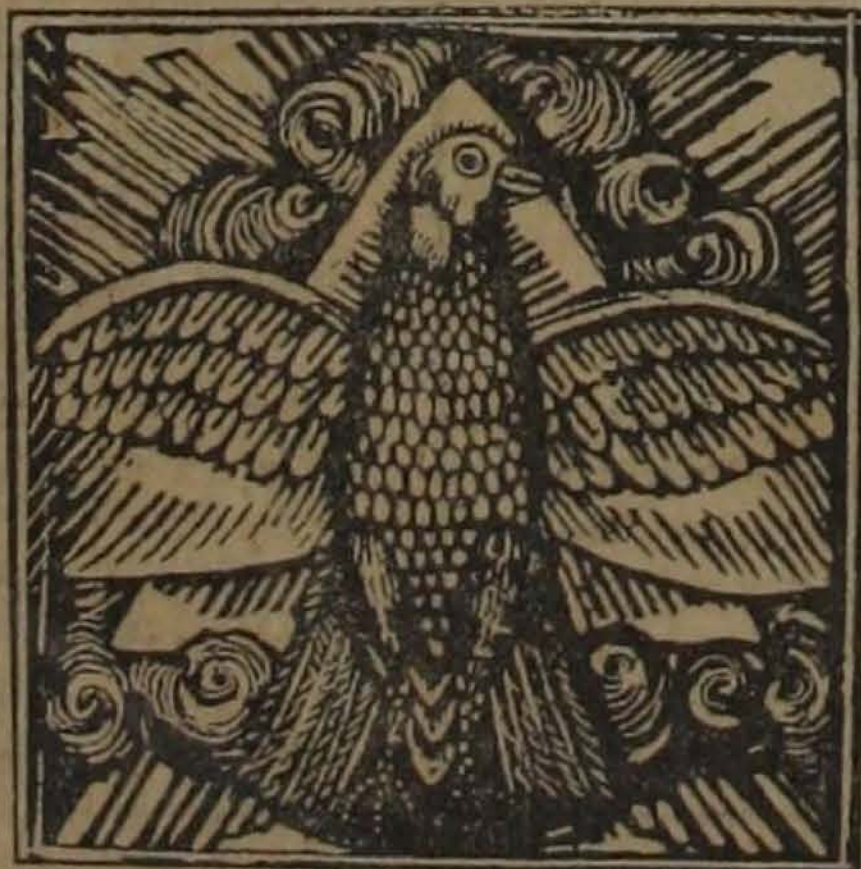
Sin embargo, cuando el documento se hallaba en las redacciones de los diarios, se recibió una orden de la presidencia prohibiendo terminantemente su publicación, a la vez que se exigía la devolución de los originales. Así, pues, nadie se ha aventurado a publicarlo, porque habría incurrido en durísima sanción. La respuesta de Primo de Rivera ha sido enviada a los firmantes del anterior mensaje de protesta, y dice así:

TETUÁN. Residencia. 14 de julio, a las 23.

»El presidente del directorio, al presidente interino, Madrid:

»Al regresar de Ceuta, donde visité a los heridos en los combates que terminaron el día 8 del corriente, pues desde entonces hay tranquilidad, recibo un pliego, donde ciento setenta y cinco señores, cuyos nombres conozco en parte porque ya figuran en otro escrito de simpatía hacia el idioma catalán, a raíz de limitarse su uso por decreto, para que no desplazara ni vejara al castellano; cuyos nombres volveré a ver, seguramente en todo escrito de protesta, pero a quienes, ni por la cantidad, ni por la calidad concedo la menor importancia, ni siquiera el honor de que me distraigan más minutos de los que ahora pierdo tratando este asunto; protestan porque nace un partido, libre de las máculas y flaquezas que hicieron abominables a los extinguidos, aunque en ellos figurasen algunas personas respetables.

»Ante el hermoso espectáculo de estas tropas y de este mando, dispuestos a dar la vida y sacrificar el amor propio ante el altar de la patria, siento una mezcla de lástima y desdén para esos señores, que persisten en consideraciones y minucias bizantinas, que, de atenderlas, retrasarían el momento de volver España al camino de la libertad y del derecho a que se prepara».



Unamuno contesta a los intelectuales uruguayos

(De *Crítica*, Buenos Aires).

El audaz confinamiento de don Miguel de Unamuno a la isla de Fuerteventura por orden del tiránico Directorio español, trajo como consecuencia, y como es del dominio público, la protesta unánime de los intelectuales del mundo entero, que fustigaron en enérgicos manifiestos el inaudito atentado a la libertad del pensamiento, singularizado esta vez en el cerebro de uno de los más grandes escritores contemporáneos. Uno de estos manifiestos que llegaron a conocimiento del maestro, allí en su solitario destierro, es el que contesta en los sigilientes cáusticos párrafos, que nos han sido transmitidos telegráficamente desde Montevideo, por nuestro corresponsal en esa capital.

He aquí la carta a que nos referimos:

MONTEVIDEO, 15. — «Mientras sigue cayendo el baldón de la ignominia sobre mi pobre España con el tétrico silencio de una nevada, me llega hoy (11/3/24) el número de *El Día*, de ese Montevideo, que publica el manifiesto de los intelectuales uruguayos⁽¹⁾ con motivo de este mi confinamiento. ¡Gracias, hermanos!; hermanos en la lengua del Quijote que es la más noble hermandad».

«Dejé allá en España, la realidad triste, y me traje aquí a la isla la personalidad de España. Sancho Panza vive allí desde que la figura para representar a España es el mono del retablo de maese Pedro, ese pobre general Primo de Rivera. No he de volver a mi hoy desgraciada patria, mientras siga en ella Primo de Rivera suelto y desbocado, sin arreos ni bozal. Con ese tétrico general Martínez Anido caudillo de montonera sin gallardía, no está en España segura ni la vida de un ciudadano honrado que no se resigne vilmente a silenciar en público la verdad.

Los directores del Directorio son los más torpes, los más incultos y sin embargo los más inteligentes de la milicia de España. ¡Cómo serán los otros! Se le rompen a uno las alas del espíritu cuando les oye repetir, por pico de ganso, las más huecas y ramplonas generalidades (generalidad, de general, es vaciedad elevada al cubo). Odian la inteligencia, odian aún más, el ingenio y el amor; odian sobre todo la originalidad y la personalidad.

»Confío en que no ha sido inútil mi acto al dejarme traer acá sin sentencia alguna de tribunal, sin formación alguna de proceso, ni aun por el delito de extravagancia, nueva categoría penal que ha inventado el Primo de Rivera. ¿Nueva? No! Ni es capaz de inventar nada. Es el viejo delito de heregía que persiguió el Santo Oficio, hoy redivivo; pero es el último estertor de la envidia ortodoxa y demagógica; de la terrible envidia troglodítica. Espero que de esto, surja la España de más adentro, la España entrañada y entrañable; la que hermane con las demás naciones de la misma lengua, y que en vez de decir que «no hay un pedazo de tierra sin una tumba española», podamos decir que no hay un pedazo de cielo, sin una idea en castellano.

»A través del mar que sonrío en nuestras trágicas flaquezas; desde esta isla venturosa, esquelética, pedazo del Africa austera, les estrecha la mano».

MIGUEL DE UNAMUNO.

Puerto Cabras de Fuerteventura, 11-5-24.

(1) Puede verse este manifiesto en el núm. 10 del tomo 8 del *Repertorio Americano*.

Divagaciones...

(Viene de la página 88).

Por debajo de su actitud se iba viendo cómo subía la marea del escepticismo.

El tercer período de mi vida está dentro de nuestra época. Este tiempo, posterior a la guerra, tiene un aire de frialdad y de tristeza horrible. El mundo parece un campo de ceniza mientras arde esa llama siniestra de la Revolución Rusa, llama que no calienta y que, en vez de dejar en la Historia un drama sangriento y humano, como el de la Revolución Francesa, no deja al descubierto, en medio de sus inauditos horrores, más que disputas doctrinarias de pedantes del marxismo, una crueldad fría de aire chino y la avidez rencorosa de los judíos, que hacen de gusanos de las naciones muertas.

Si hemos decaído en entusiasmos políticos y sociales, no hemos decaído menos en fervor literario y artístico.

Dentro de la literatura, en estos últimos años, ¡qué cambio en el sentido de frialdad y de falta de entusiasmo!

Zola, France, Ibsen, Nietzsche, Tolstoy... Las obras de esos grandes escritores, que tanto nos entusiasmaban hace veinticinco años, se han enfriado y parecen algo viejo y cansado. Lo único que se conservó joven, quizá como una monstruosidad admirable, es la literatura de Dostoiewski.

En este ambiente de frialdad y de inseguridad se comprenden muy bien estas audacias de taller, un poco estólicas, por muy disparatadas, insulsas y absurdas que sean.

Es incalculable la cantidad de tonterías que nuestra época va aceptando graciosamente. No hay superchería que no acoja: espiritismo y teosofía, metapsíquica y antroposofía, cubismo o dadaísmo, magia y psicoanálisis freudiano; todo pasa. Nuestro tiempo es un avestruz que se traga todo lo que le echen; claro que no lo puede digerir, porque no se digieren las piedras, pero las traga.

Ante la impotencia de crear un ideal, o por lo menos una utopía, nuestra época se repliega en sí misma y quiere dar como una norma apetecible lo que es resultado de su infecundidad.

Así se la ve tender a la desvalorización de todos los ideales humanos: al desdén por la cultura general, a la tendencia a la especialidad, al *sport* y a la intensificación del mecanismo de la vida, hasta tal punto, que parece que las cosas ellas mismas tienden a sustituir las inquietudes espirituales por el puro movimiento automático y mecánico. La ciencia, que es, hoy por hoy, lo único con aire religioso que nos queda, nos aplasta con su frialdad.

Viviendo, como he vivido yo, en épocas de carácter tan distinto, se puede dar el caso, como me ocurre a mí, de pasar de niño a viejo sin haber sido nunca adulto.

Yo, de chico y de joven, hace treinta años, cuando tenía veinte, era para mis conocidos un revolucionario; en cambio, hoy, para los jovencitos antirománticos que cultivan la elegancia o el fútbol, no paso de ser un iluso, un viejo *pompier*.

Desorientación

En este segundo período de mi vida, en Madrid, para mí, naturalmente, el más trascendental, porque era aquel en que tenía más energías y más inquietud, yo me encontré, como la mayoría de los jóvenes de mi tiempo, con que todos los grandes caminos abiertos por los españoles de antaño estaban cerrados.

En las antiguas colonias de América, de Oceanía y de Africa se nos odiaba, con razón o sin ella. En las ciudades de Europa se nos miraba con desdén. Éramos, para

la mayoría, una excepción desagradable en la civilización europea.

En las esferas oficiales de España reinaba por entonces la cuquería más refinada.

Había una oligarquía de políticos, oligarquía de apetitos, de petulancia y, sobre todo, de vanidad, que miraba el Estado como a una finca.

Esta oligarquía, entronizada por la Restauración y la Regencia, favorecida probablemente en las altas esferas, cantada por periodistas mediocres que se creían geniales, trabajó constantemente en hacer una selección a la inversa. Si no se establecieron escuelas de toreo en nuestras ciudades, como en tiempo de Fernando VII, no fué por falta de ganas.

Durante este tiempo las mercedes del poder se reservaron siempre para los yernos, para los amigos, para los tertulianos y criados de los políticos y de los palaciegos. Es decir, para criados de criados.

Enfrente de la inmoralidad, de la chabacanería y de la ramplonería de los políticos, no había en la España de la Regencia nada organizado. El republicanismo nuestro era un amaneramiento, una retórica vieja con la matriz estéril; el socialismo obrerista odiaba a los intelectuales y hasta la inteligencia; el anarquismo se manifestaba místico, vagoroso y utópico, y los dos separatismos aparecidos en aquella época, el catalán y el vasco, por su egoísmo y mezquindad, no tenían atractivo más que para gente un poco baja. Además, en el uno había una pedantería y un superhombre ridículo; en el otro se veía demasiado el solideo del cura.

Un hombre un poco digno no podía ser en este tiempo más que un solitario.

El concepto de intelectual en España

Por este tiempo, en España se empezó a propagar un concepto, que vino de fuera y que ha promovido siempre gran irritación entre nuestra burguesía, el concepto expresado con la palabra intelectual. A la gente de buen tono le pareció esta palabra de una petulancia terrible y que indicaba una idea de superioridad intolerable.

La burguesía de las capitales, y con ella los periodistas y saineteros, aduladores del prejuicio, no comprendieron el sentido de la palabra intelectual, y creyeron que el que se llamaba así se consideraba ya, sólo por esto, inteligente y talentado.

Esta necia equivocación subsistió y subsiste en nuestros días.

El trabajo intelectual no presupone, sin duda alguna, inteligencia extraordinaria, como el trabajo manual no presupone estupidez.

Un economista, un historiador, un filólogo, un crítico son intelectuales, pero esto no quiere decir que sean sólo por esto talentados ni de una inteligencia superior; un carpintero o un herrero son trabajadores manuales, lo que no quiere decir que sean estúpidos.

¡Qué duda cabe que hay obreros manuales, industriales y gentes de negocios que son mucho más inteligentes que los intelectuales!

Esto no quitará su calidad de ser intelectual al intelectual, porque esta calidad no se la da su clase de inteligencia, sino su clase de trabajo.

Entre nosotros no se consideró así, sino que se creyó que llamarse intelectual era una petulancia.

No se pensó que, de ponerse a encontrar petulancia, lo mismo se puede encontrar petulancia en que una persona diga: «Yo soy médico, o diplomático, o militar, o artista»; porque el suspicaz podrá decir: «Este, al llamarse médico, se considera un buen clínico; este otro, al decirse diplomático, se mira como un hombre lleno de perspicacia y de finura; el tercero, al afirmar que es militar, se

tiene por un valiente, y el último, al decirse artista, se cree un hombre genial; y no cabe duda que se puede ser médico malo, diplomático tonto, militar tímido y sin valor, y artista que no tenga ninguna genialidad».

El trabajo intelectual es una clase de trabajo, y el que se dedica a él es un trabajador intelectual, quiéranlo o no lo quieran nuestras clases pudientes.

Esta es una idea que no cabe en la burguesía española y que procede de un fondo de odio a la distinción, un tanto bajo y plebeyo.

Eso de que alguien quiera separarse del rebaño y formar su vida a su modo es algo que produce gran cólera entre nuestra burguesía. La pretensión se considera como una ofensa.

De aquí ha venido que entre el vulgo burgués se quiera considerar intelectual como sinónimo de pedante, y de que hace unos años un estólido sainetero madrileño quisiera hacer sinónimas la palabra esteta y la de invertido.

He hablado de este concepto de intelectual en nuestra burguesía para que se vea cómo ella ha estado siempre muy al unísono con la política española y con la mentalidad de nuestros políticos.

La dificultad de la vida

En este mundo estrecho y sin salidas, yo tuve el atrevimiento, como otros muchos jóvenes, de querer abrirme camino libremente y de vivir con independencia. Era una locura.

Primero fui médico de aldea. La vida era difícil en el campo. Se ganaba demasiado poco; además, yo no tenía bastante energía física para andar constantemente por los caminos, de noche y de día, resistiendo lluvias y nieves. Estuve muchas veces reumático. Luego, por un azar de la suerte, fui a Madrid; me hice panadero; después ensayé el ser negociante y periodista; y por último, ya resignado, comprendiendo que por el esfuerzo propio no se llegaba a ninguna parte, comencé a ser novelista para emplear mi actividad en algo, aunque sin esperanza de éxito ni de eficacia.

Ganando poco, reduciendo la vida al mínimo, sin intentar nada activo ni tener relaciones en la vida social, he ido marchando mal que bien.

Inadaptado al ambiente, he vivido un poco solitario, lo que quizá ha exacerbado mi descontento. No es raro, pues, que yo haya hablado mal de todo lo próximo a mí y bien de lo más lejano; no es raro que haya sido anticatólico, antimonárquico y antilatino, por haber vivido en un país latino, monárquico y católico que se descomponía y en donde las viejas pragmáticas de la vida, a base de latinismo y de sentido monárquico y católico, no servían más que de elemento decorativo.

No es raro que haya sido abominador de la oratoria y de la retórica en un pueblo como el español, sobresaturado de retórica y oratoria, que no le permiten ver la realidad.

Tomar las frases retóricas como hechos consumados es condición muy meridional. Hay español a quien no le molesta que le digan en el extranjero que su patria ha sido cruel e inhumana; que no le sorprende que afirmen que no produce cultura científica y filosófica, y que se satisface al leer en un discurso diplomático que llaman a España la noble nación.

A mí, en cambio, esto me fastidia, porque creo que no se llama nunca a una nación noble nación, o a un hombre caballeresco, más que cuando una u otra no sirven para nada. A Roma en su esplendor antiguo, o a Inglaterra en el siglo XIX, no se las calificó nunca de nobles naciones; por el contrario, se las motejó de pérfidas y de egoístas. A Darwin o a Pasteur no se le ha ocurrido a nadie llamarlos caballerescos.

La continuidad de la raza

En el pueblecillo vasco donde estuve yo de médico y comencé a tener dolores reumáticos comprendí, observándome a mí mismo, que había dentro de mi espíritu, como dormido, un elemento de raza que no había despertado aún.

Durante mi infancia viví, hasta los siete u ocho años, en el país vasco; pero luego, al comenzar la juventud, fui a Madrid, después a Valencia, y mis recuerdos de la primera edad referentes a la tierra natal se esfumaron y desaparecieron.

Al volver, ya de hombre, al pueblo guipuzcoano donde comencé a ejercer de médico, sentí cómo el ambiente físico de mi país, y algo también del moral, me iba envolviendo, y cómo recogía poco a poco este rastro perdido de la raza.

En esa época de médico de pueblo, en que viví solitario y tuve que andar de día y de noche por los caminos, pensé vagamente en escribir sobre mi país y en hablar de sus paisajes y de sus hombres.

La supuesta generación de 1898

Quizá algunos de vosotros, como estudiantes de literatura española, habréis leído que en la época actual hay en España una generación de escritores, la generación de 1898, y que yo pertenezco a ella.

Existe siempre un afán de reunir, de dar aire de grupo y de escuela a lo que naturalmente no lo tiene de por sí.

Además, en España nunca ha habido escuelas bien definidas; en parte, por no haber tenido ciudades densas; en parte, por individualismo y por vivir también en la periferia de la gran civilización del Occidente europeo.

Yo no creo que haya habido ni que haya una generación de 1898. Si la hay, yo no pertenezco a ella.

En 1898 yo no había publicado apenas nada, ni era conocido, ni tenía el más pequeño nombre. Mi primer libro, *Vidas sombrías*, apareció en 1900.

No me ha parecido nunca uno de los aciertos de *Asorín*, el bautizador y casi el inventor de esa generación, el de asociar los nombres de unos cuantos escritores a una fecha de derrota del país, en la cual ellos no tuvieron la menor parte.

Con 1898, época del desastre colonial español, yo no me encuentro tener relación alguna.

Ni yo colaboré en ella, ni tuve influencia en ella, ni cobré ningún sueldo de los Gobiernos de aquel tiempo, ni de los que les han sucedido.

La verdadera gente de 1898 fueron los políticos Sagasta, Montero Ríos, Moret, Maura, Romanones, García Prieto, y los escritores y artistas Galdós, Castelar, Echegaray, Valera, Núñez de Arce, Letamendi, el Dr. Simarro, el pintor Pradilla, los dramaturgos Sellés y Cano, los actores Calvo y Vico y hasta los toreros Lagartijo y Frasuelo... Nosotros, no.

Toda aquella gente, la mayoría de una vanidad morbosa, de una megalomanía patológica, se declaró inmortal a sí misma, y España está llena de estatuas de hombres ilustres, de calles dedicadas a ellos, algunos de los cuales ya ni se conocen ni se sabe quiénes fueron. Así en Córdoba, en donde no hay una estatua de Séneca, de Lucaño ni de Averroes, la hay del señor Barroso.

Alguno de vosotros quizá preguntará: ¿Qué hizo el señor Barroso para tener una estatua en Córdoba? Hizo lo mismo que pudo hacer el conde de Romanones en Guadalajara, Montero Ríos en Santiago de Galicia, Moret en Cádiz, Sagasta en Logroño, Cánovas en Madrid, Calbetón en Deva y uno boticario llamado Camo en Huesca, que, al parecer, era gran cacique y mufidor electoral, y quizá un buen fabricante de ungüentos y de sinapismos.

En estos últimos años, España, que desgraciadamente para nosotros ha tenido más fracasos que éxitos, se ha llenado de estatuas de políticos de la época de su decadencia. Un fracaso más, una tontería más significan en nuestro país una serie de estatuas detestables más.

Los escritores que hicimos algunas campañas de Prensa a principios del siglo xx en España nos pusimos casi todos en una actitud contraria a los hombres de la Restauración, abominando de su espíritu y de sus procedimientos.

Entre los que comenzamos por entonces había hombres de todas las tendencias. Unos, la mayoría, cultivaban lo que se llamaba, y creo que se sigue llamando, el modernismo; otros se inclinaban a la política o a la sociología; pero como no había entre nosotros un ideal común, cada una marchaba por su lado.

Benavente se inspiraba en Shakespeare, en Musset y en los dramaturgos franceses de su tiempo; Valle Inclán, en Barbey d'Aureville, D'Annunzio y el Caballero Casanova; Unamuno, en Carlyle y Kierkegaard; Maeztu, en Nietzsche, y luego en los sociólogos ingleses; Azorín, en Taine, en Flaubert, y después en Francis Jammes; yo dividía mis entusiasmos entre Dickens y Dostoiewski. Respecto a Blasco Ibáñez, también de nuestro tiempo, a quien no sé por qué no se le ha incluido en la supuesta generación de 1898, fué un imitador acérrimo de Zola. Por un capricho de la suerte, o quizá por sus condiciones, Blasco Ibáñez ha sido en el extranjero el escritor más representativo de la España actual. A mí, particularmente, Blasco Ibáñez no me interesa absolutamente nada, pero el hecho de su éxito es indudable.

Ni por tendencias políticas o literarias, ni por el concepto de la vida y del arte, ni aun siquiera por la edad, hubo entre nosotros carácter de grupo. La única cosa común fué la protesta contra los políticos y los literatos de la Restauración.

Una generación que no tiene puntos de vista comunes, ni aspiraciones iguales, ni solidaridad espiritual, ni siquiera el nexo de la edad, no es generación; por eso la llamada generación de 1898 tiene más carácter de invento que de hecho real.

Cada uno de los que comenzamos a escribir entonces siguió su camino, mejor o peor, sin solidaridad con los demás, solidaridad que no podía traer más que una unidad de ideales, que no había, y yo seguí el mío, atento a la vida que me preocupaba, desentendiéndome por completo de las escuelas literarias y sin enterarme gran cosa, la mayoría de las veces, de lo que hacían los demás.

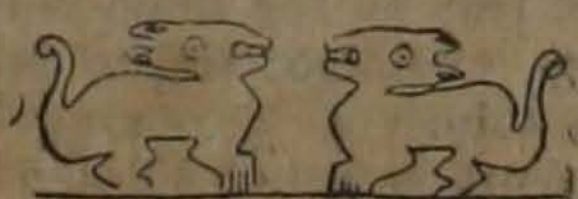
Yo no sé, en verdad, si este individualismo es bueno o malo. Siempre lo he tenido, siempre he sido igualmente individualista e igualmente versátil. Antes, como muchos, me sentí universalista y aspiré a ser ciudadano del mundo; luego me he ido replegando sobre mí mismo, y hoy me parece demasiado extenso ser español, y hasta ser vasco, y mi ideal es ya fundar la República del Bidasoa con este lema: «Sin moscas, sin frailes y sin carabineros».

Este programa, expuesto por mí en un folleto, no tuvo éxito, y, sin embargo, no creo que sea más estúpido que los programas de las otras Repúblicas o Monarquías.

Un pueblo sin moscas quiere decir que es un pueblo limpio; un pueblo sin frailes revela que tiene buen sentido, y un pueblo sin carabineros indica que su Estado no tiene fuerza; cosas todas que me parecen excelentes.

PÍO BAROJA

(Concluirá en el número próximo).



La Unión Estudiantil México-Colombiana

Un bello mensaje del 20 de julio

En este día, orgullo y símbolo, fasto y gloria para la patria vuestra, en el que esa hermana juventud rinde uncioso homenaje a sus libertadores, rememorando la gesta heroica que precursó Nariño y culminó triunfante en Calibío y Boyacá, la Federación de Estudiantes de México os envía en este mensaje cordial, con la más sentida expresión de afecto y simpatía, el más alto testimonio de fraternidad espiritual.

El os dirá que para la juventud estudiantil de México la visión estrecha de la América fraccionada se diluye cada vez con más fuerza en el pasado, ante el vigoroso anhelo de un indoamericanismo espiritual, soberbio y único.

Que comulga con el credo generoso de fundir los ideales dispersados por los nacionalismos pequeños en la amplitud salvadora de un ideal común.

Que como representativa—al igual que vosotros—de la nueva generación, injerta en las promesas del mañana la realidad gloriosa de una gran patria espiritual, noble por su estirpe, fuerte por su raza, grande por sus hechos, que trunque el Bravo y circunden los océanos.

Os dirá también que los estudiantes de México, en su cálido afecto hacia América, se singularizan sinceramente hacia Colombia, y se hermanan a vosotros, porque aman vuestra tierra generosa y fecunda y vuestro ambiente aromado de ensueños y leyendas; admiran la perenne eclosión del pensamiento colombiano, que es ideario en el libro y madrigal en el verso, y saben de la altivez irreducible de esa juventud que venga afrentas y derriba tiranos.

Compañeros: va en nuestro saludo un deseo: que en la cruzada del ensueño indoamericano, en la que habremos de poner todo nuestro amor a la raza, todo el vigor de la sangre, y todo el impulso del ideal, las juventudes de Colombia y México marchen estrechamente unidas, con un mismo canto de amor y fe en los labios y un mismo señuelo en la distancia, no olvidando que, como juventudes, son el talud por el que América avisa ese inmenso horizonte que es la vida.

En México, julio 20 de 1924.

Presidente de la Federación de Estudiantes de México, ENRIQUE TORRES; Secretario de Extensión Universitaria, LEOPOLDO A. ANCONA; Presidente de la Unión Juventud de Hispanoamérica, LUIS RUBIO SILECEO; el Secretario General, DAMASO GARCÍA.

(De *El Espectador*, Bogotá).

“Pegaso”

Montevideo - Uruguay

Es la mejor revista nacional de letras que se publica en el Uruguay.

San Salvador 2309
Montevideo



LA EDAD DE ORO

57.—Dan-Auta

(Cuento negro).

Una vez, hace mucho tiempo, en un tiempo que está en la espalda del tiempo, se casó un hombre con una mujer. Solos, se fueron al bosque, cultivaron la tierra y se hicieron cuanto necesitaban. Tuvieron una hija que llamaron Sarra. Pasaron soles y soles, y cuando Sarra era ya moza, tuvieron otro hijo, tan pequeño que le llamaron Dan-Auta. Poco después el padre enfermó. «Me muero—se dijo el padre,—y llamó a Sarra: «Me muero—le dijo el padre—. Dan Auta queda junto a ti. No le abandones, y, sobre todo, cuida de que Dan-Auta no llore nunca». El padre dijo esto y se murió.

Poco después la madre enfermó. «Me muero»—se dijo la madre, y llamó a Sarra: «Me muero—dijo a Sarra la madre—. Dan-Auta queda junto a ti. No le abandones, y, sobre todo, cuida de que Dan-Auta no llore jamás». La madre dijo esto y se murió.

Permanecieron solos en el bosque Sarra y Dan Auta. Pero les quedaba un hórreo lleno de maíz, y un hórreo lleno de harina del árbol del pan, y un hórreo lleno de habichuelas, y un hórreo lleno de sargo. Sarra dijo: «Con esto tendremos bastante para alimentarnos hasta que Dan-Auta sea hombre y pueda cultivar la tierra».

Sarra se puso a moler maíz para hacer comida. Cuando tuvo la harina delgada la puso en una calabaza y la llevó a la choza para cocerla. Luego salió a buscar leña, dejando solo a Dan-Auta que, menudillo, se arrastraba por el suelo y apenas podía aún tenerse sobre los pies. Dan Auta se aburría, y, acercándose a la calabaza, la volcó; luego tomó ceniza del hogar y la mezcló con el maíz. Cuando Sarra volvió, al ver lo que Dan-Auta había hecho, exclamó: «¡Ay, Dan-Auta mío! ¿Qué has hecho? ¿Has tirado la harina que íbamos a comer?» Dan-Auta comenzó a sollozar. Pero Sarra dijo en seguida: «No llores, no llores, Dan-Auta! Tu Baba (padre) y tu Inna (madre) dijeron que no llorases nunca!»

Sarra volvió a salir y Dan-Auta a aburrirse. En el hogar llameaba un tizón. Dan-Auta lo tomó, y, arrastrándose fuera de la choza, puso fuego al hórreo del maíz, y al hórreo de harina del árbol del pan, y al hórreo de habichuelas, y al hórreo de sargo. En esto llegó Sarra, y, viendo todas las despensas consumidas por el fuego, gritó: «¡Ay, Dan-Auta mío! ¿Qué has hecho? ¿Has quemado todo lo que teníamos para comer? ¿Cómo viviremos ahora?»

Dan Auta, al oírlo, comenzó a sollozar; pero Sarra se apresuró a decirle: «¡Dan Auta mío, no llores! Tu padre y tu madre me dijeron que no llorases nunca. Has quemado cuanto teníamos; pero ven, ya buscaremos qué comer».

Sarra colocó a Dan-Auta en su espalda, y sujetándolo con su vestido, echó a andar por el bosque. Sarra encontró un camino y caminó por él hasta llegar a una ciudad. Acertó a pasar por el barrio del Rey. La primera mujer del rey los recibió y se quedaron a vivir con ella. Cada día les daba de comer.

Sarra llevaba siempre a Dan-Auta atado a su espalda. Las otras mujeres le decían: «Sarra, ¿por qué llevas siempre a Dan Auta sobre tu espalda? ¿Por qué no le pones en el suelo y le dejas jugar como los otros chicos?» Y Sarra respondía: «Dejadme hacer mi hacer. El padre y la madre de Dan-Auta han dicho que no llorase nunca.

Mientras lleve a Dan-Auta sobre mi no lloraré. Tengo que cuidar de que Dan Auta no llore».

Un día dijo Dan-Auta: «Sarra, yo quiero jugar con el hijo del rey». Sarra entonces lo puso en tierra, y Dan-Auta jugó con el hijo del rey. Sarra tomó un cántaro y salió por agua. En tanto, el hijo del rey cogió un palo y Dan-Auta cogió otro palo. Ambos jugaron con los palos. El hijo del rey y Dan Auta se pusieron a dar palos. El hijo del rey y Dan-Auta se pusieron a darse de palos. Dan-Auta, de un palo, le sacó un ojo al hijo del rey, y el hijo del rey quedó tendido.

En esto Sarra llegó. Vio que Dan-Auta había sacado un ojo al hijo del rey. Nadie estaba presente. El hijo del rey comenzó a gritar. Sarra dejó el cántaro, y, tomando a Dan Auta, salió de la casa, salió del barrio del rey, salió de la ciudad todo lo de prisa que pudo.

Nadie estaba presente cuando Dan-Auta sacó el ojo al hijo del rey; pero el niño gritó. El rey, al oírlo, preguntó: «¿Por qué llora mi hijo?» Sus mujeres fueron a ver lo que ocurría, y, al notar la desgracia, comenzaron a gritar. Oyó el rey los gritos de sus cuarenta mujeres, y acudió, presuroso. «¿Qué es esto? ¿Quién ha hecho esto?»—preguntó el rey—. Y el hijo del rey repuso: «Dan Auta».

«¡Salid!—dijo entonces el rey a sus guardias—. ¡Id por toda la ciudad! ¡Buscad por toda la ciudad a Sarra y Dan Auta!». Los guardias salieron y miraron casa por casa; pero en ninguna hallaron lo que buscaban. En vista de ello, el rey llamó a sus gentes: llamó a todos sus soldados, llamó a los de a pie y a los de a caballo, y les dijo: «Sarra y Dan-Auta han huído de la ciudad. Busquémoslos en el bosque. Yo mismo iré con los de a caballo para buscar a Sarra y Dan-Auta».

Dos días seguidos había corrido Sarra con Dan-Auta al lomo. Al cabo de ellos no podía más, y justamente entonces oyó que el rey y sus caballeros llegaban en su busca. Había allí un árbol muy grande, y Sarra dijo: «Subiré al árbol y así podré ocultarme entre las hojas con Dan-Auta».

Subió, en efecto, al árbol, con Dan-Auta a su espalda, y se ocultó entre la tupida fronda.

Poco después llegaba junto al árbol el rey con sus caballeros. «He cabalgado dos días—dijo—y estoy cansado: poned mi silla de cañas bajo el árbol, que quiero descansar». Así lo hicieron sus hombres y el rey se tendió en su silla bajo la rama donde Sarra y Dan-Auta posaban.

Dan-Auta se aburría; pero vio al rey allá abajo y dijo a Sarra: «¡Sarra!». Sarra dijo: «¡Calla, Dan Auta, calla!» Dan-Auta comenzó a sollozar. Sarra se apresuró a decirle: «¡No llores, Dan-Auta, no llores! Tu padre y tu madre me dijeron que no llorases nunca. Dí lo que quieras». Dan-Auta dijo: «Sarra, quiero hacer pis. Quiero hacer pis encima de la cabeza del rey». Sarra exclamó: «¡Ay, Dan-Auta, nos matarán si haces eso; pero no llores y haz lo que quieras!»

Dan Auta llevó a cabo su propósito. El líquido cayó sobre la cabeza del rey. El rey llevó la mano a su cabeza, y, mirándola luego, exclamó: «¡Esto es porquería!»

El rey miró entonces a la pompa del árbol. Vió a Sarra, vio a Dan-Auta, y gritó: «Traed hachas y echemos abajo el árbol». Sus gentes corrieron y trajeron hachas.

Comenzaron a batir el árbol. El árbol tembló. Luego dieron golpes más profundos en el tronco. El árbol vaciló. Luego llegaron a la mitad del tronco y el árbol empezó a inclinarse. Sarra dijo: «Ahora nos prenderán y nos matarán».

Un gran churna—un gavián gigante—voló entonces sobre el bosque, y vino a pasar cerca del árbol donde Sarra y Dan-Auta posaban. Sarra vio al churna. El árbol se inclinaba, se inclinaba. Sarra dijo al churna: «¡Churna mío! Las gentes del rey van a matarnos, a Dan-Auta y a mí, si tú no nos salvas». Oyó el churna a Sarra, y, acercándose, puso a Sarra y a Dan-Auta sobre su espalda. El árbol cayó y el pájaro voló con Sarra y Dan-Auta. Voló muy alto sobre el bosque, siguió volando hacia arriba. Dan-Auta miraba al pájaro: vió que movía la cola como un timón y se entretuvo observándola bien. Pero luego Dan-Auta se aburría, y dijo: «¡Sarra!». Sarra repuso: «¿Qué me quieres, Dan-Auta?» Y como Dan-Auta sollozase, añadió: «No llores, no llores, que madre y padre dijeron que no lloraras. Di lo que quieres». Dan-Auta dijo: «Quiero meter el dedo en el agujero que el pájaro lleva bajo la cola». Sarra dijo: «Si haces eso, el pájaro nos dejará caer y moriremos; pero no llores, no llores y haz lo que quieras». Dan-Auta introdujo su dedo donde había dicho. El pájaro entonces cerró las alas. Sarra y Dan-Auta cayeron, cayeron de lo alto.

Cuando Sarra y Dan-Auta estaban ya cerca de la tierra, comenzó a soplar un gran *gugua*, un torbellino. Sarra lo vió y le dijo: «¡Gugua mío! Vamos a caer enseguida contra la tierra, y moriremos si tú no nos salvas». El *gugua* llegó, arrebató a Sarra y Dan-Auta y, transportándolos a larga distancia, los puso suavemente en el suelo. Era aquel sitio un bosque de una comarca lejana.

Sarra avanzó por el bosque con Dan-Auta, y encontró un camino. Caminando el camino, llegaron a una gran ciudad, a una ciudad más grande que todas las ciudades. Un fuerte y alto muro la rodeaba. En el muro había una gran puerta de hierro, que era cerrada todas las noches. Porque todas las noches, apenas moría la claridad, aparecía un terrible monstruo, un *Dodo*. Este Dodo era alto como un asno; pero no era un asno. Este Dodo era largo como una serpiente gigante; pero no era una serpiente gigante. Este Dodo era fuerte como un elefante; pero no era un elefante. Este Dodo tenía unos ojos que iluminaban en la noche como el sol en el día. Este Dodo tenía una cola. Todas las noches el Dodo se arrastraba hasta la ciudad. Por esta razón se había construído el muro con la gran puerta de hierro.

Por ella entraron Sarra y Dan-Auta. Tras el muro, junto a la puerta vivía una vieja. Sarra le pidió que los amparase. La vieja dijo: «Yo os ampararé. Pero todas las noches viene un terrible Dodo ante la ciudad y canta con una voz muy fuerte. Si alguien le responde, el Dodo entrará en la ciudad y nos matará a todos. Cuida, pues, de que Dan-Auta no grite. Con esta condición yo os ampararé.»

Dan-Auta oía todo esto. Al día siguiente fué Sarra al interior de la ciudad para traer comida. Entretanto, Dan-Auta buscó ramas secas y pequeños trozos de madera, que encontró junto al muro. Luego corrió por la ciudad, y donde veía un *makodi*, piedra redonda con que se machacaba el grano sobre una losa, lo cogía. Así reunió cien *makodi*. Luego se dijo: «Sólo necesito unas tenazas». Y, andando por la ciudad, vió unas abandonadas. Junto al muro donde había amontonado la leña, colocó los *makodi* y ocultas bajo ellos las tenazas. Nadie advirtió la faena del pequeño Dan-Auta.

A la noche Sarra le dijo: «Entra en seguida en la casa, Dan-Auta, porque pronto vendrá el terrible Dodo, y puede matarnos». Dan-Auta repuso: «Yo quiero quedarme

hoy fuera». Sarra dijo: «Entra en casa». Dan-Auta comenzó a sollozar; pero Sarra le dijo inmediatamente, «Dan-Auta mío, no llores. Tu padre y tu madre dijeron que no llorases nunca. Si quieres quedarte fuera, quédate fuera». Sarra entró en la casa, donde ya estaba la vieja.

Dan-Auta permaneció fuera, sentado ante la casa de la vieja. Todas las gentes de la ciudad estaban en sus casas y habían cerrado tras de sí las puertas. Sólo Dan-Auta quedaba a la intemperie. Corrió al lugar donde había juntado la leña y la prendió fuego. Los *makodi* en el fuego se pusieron ardientes como ascuas.

En esto se sintió que llegaba el Dodo. Subió al muro Dan-Auta, y vió al monstruo que venía a lo lejos. Sus pupilas brillaban como el sol y como incendios. Dan-Auta oyó al Dodo que, con una voz terrible, cantaba:

«*é Vuayanni agarinana ni Dodo?*»

«¿Quién es en esta ciudad como yo, Dodo?»

Cuando Dan-Auta oyó esto, cantó a su vez desde el muro con todas sus fuerzas hacia el Dodo:

«*¡Naiyakai agarinana naiyakai ni Auta!*»

«Yo soy como tú en esta ciudad; yo soy como tú; yo, Auta».

Cuando esto oyó el Dodo, se acercó a la ciudad. Llegó muy cerca, muy cerca, y cantó:

«*é Vuayanni agarinana ni Dodo?*»

Al cantar esto el Dodo, los árboles se estremecieron en el bosque, y la hierba seca empezó a arder. Pero Dan-Auta contestó:

«*¡Naiyakai agarinana naiyakai ni Auta!*»

Al oír esto, el Dodo se alzó sobre el muro. Dan-Auta bajó corriendo y fué junto al fuego, donde relumbraban como ascuas los *makodi* ardientes.

El Dodo, entonces, cantó de nuevo con voz más terrible que nunca, y Dan-Auta una vez más le contestó. Todos los hombres en la ciudad temblaron dentro de sus casas al oír tan cerca la horrible voz del monstruo.

Más fiero que nunca, el Dodo comenzó a repetir su canto.

«*Vuayanni...*»

Pero al abrir sus fauces para este grito, Dan-Auta le lanzó con las tenazas diez *makodi* ardientes que le abrasaron la garganta. Enronquecido siguió el Dodo:

«*Agarinana...*»

Pero Dan-Auta le hizo tragar otros diez *makodi* incendiados, que le hicieron prorrumpir en un gran quejido. Entonces, con voz más débil, siguió:

«*Ni Dodo*»

Y Dan-Auta, aprovechando la abertura de las fauces, le envió el resto de los *makodi*. El Dodo se retorció y murió mientras Dan-Auta, subiendo al muro cantó:

«*¡Naiyakai agarinana naiyakai ni Auta!*»

Luego, con un cuchillo que había dejado fuera de la casa, cortó al Dodo la cola, y, ocultándola en un morralillo, entró con ella en la habitación de la vieja; se deslizó junto a Sarra y se durmió.

A la mañana siguiente salían de sus casas cautelosa-mente los habitantes de la ciudad. Los más decididos fueron a ver al rey. El rey preguntó: «¿Qué ha sido lo que esta noche ha pasado?» Ellos respondieron: «No lo sabemos. Por poco morimos de miedo. La cosa ha debido ocurrir junto a la puerta de hierro». Entonces el rey dijo a su ministro de cazas: «Ve allá y mira lo que hay».

El ministro de cazas fué allá, y subiendo, medroso, al muro, vió al Dodo muerto. Corriendo volvió al rey y le dijo: «Un hombre poderoso ha matado al Dodo». Entonces el rey quiso verlo, y cabalgó hasta el muro. Vió al monstruo tendido y sin vida. El rey exclamó: «En efecto, el Dodo ha sido muerto y le han cortado la cola. ¡Busquemos al valiente que lo ha matado!»

Un hombre que tenía una yegua la mató y le cortó la cola. Otro hombre que tenía una vaca, la mató y le cortó la cola. Otro que tenía un camello, lo mató y le cortó la cola. Cada uno de ellos fué al rey y mostró la cola de su animal como si fuese la del Dodo. Pero el rey conoció el engaño y dijo: «Todos sois unos embusteros. Vosotros no habéis muerto al Dodo. Ningún hombre de la ciudad ha matado al Dodo. Yo y todos hemos oído en la noche la voz de un niño. ¿Vive por aquí cerca, junto a la puerta de hierro, algún niño extranjero?»

Los soldados fueron a casa de la vieja, y preguntaron: «Vieja, ¿vive aquí algún niño forastero?» La vieja respondió: «Conmigo viven Sarra y Dan-Auta». Los soldados fueron a Sarra y preguntaron: «Sarra, ¿ha matado al Dodo el pequeño Auta?». Sarra respondió: «Yo no sé nada, preguntádselo a él». Entonces fueron los soldados a Dan-Auta y le preguntaron: «Dan-Auta, ¿has matado al Dodo? El rey quiere verte». Dan-Auta no respondió. Tomó su morralillo y fué con los soldados ante el rey. Allí abrió el morralillo, y, sacando la cola del Dodo, la mostró al rey. Entonces el rey dijo: «Sí, Dan-Auta, Dan-Auta ha matado al terrible Dodo».

El rey dió a Dan-Auta cien mujeres, cien camellos, cien caballos, cien esclavos, cien vacas, cien vestidos, cien ovejas y la mitad de la ciudad.

Contado por José
ORTEGA Y GASSET

Obras de Alfonso Reyes

Hemos recibido para la venta 10 ejeps. de cada una de las siguientes:

El Plano Oblicuo Precio \$ 2.50
Símpatías y Diferencias (Cuatro series) Precio de cada serie \$ 2.50

Lector: Si quiere usted proteger eficazmente al *Repertorio Americano*, suscríbase! Las cuatro entregas mensuales: \$ 2.00.

LA COLOMBIANA

Sastrería

Francisco Gómez Z.

Ofrezco a mi clientela un surtido completo de casimires, y en la confección de trajes, prontitud y garantía.
Calle del tranvía, frente a la tienda Kepfer.

Doctor CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Dr. ALEJANDRO MONTEROS.

MEDICO CIRUJANO

TELÉFONO 899 — Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.
Despacho: 50 varas al Norte del Banco Internacional.

Doctor ODIO DE GRANDA

MEDICO, CIRUJANO Y RADIOLOGO

de la Facultad de Medicina de París

TELÉFONO Nº 899 — Horas de consulta: de 2 a 4 p. m.
25 varas al NO. de la Artillería.

Quien habla de la **Cervecería TRAUBE** se refiere a una empresa en su género, singular en C. R.

Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS
Estrella, Lager, Selecta, Double, Pilsener y Sencilla.

ma, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

REFRESCOS
Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Ginger-Ale, Cre-

SIROPES
Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

"SASTRERIA AMERICANA"
AL HOTEL FRANCES
FRENTE
San José
Costa Rica

NUESTROS TRABAJOS SON GARANTIZADOS

LARGA PRACTICA EN NUEVA YORK

Ladies and Gentlemen Taylor

Propietario: Juan Piedra H^o